

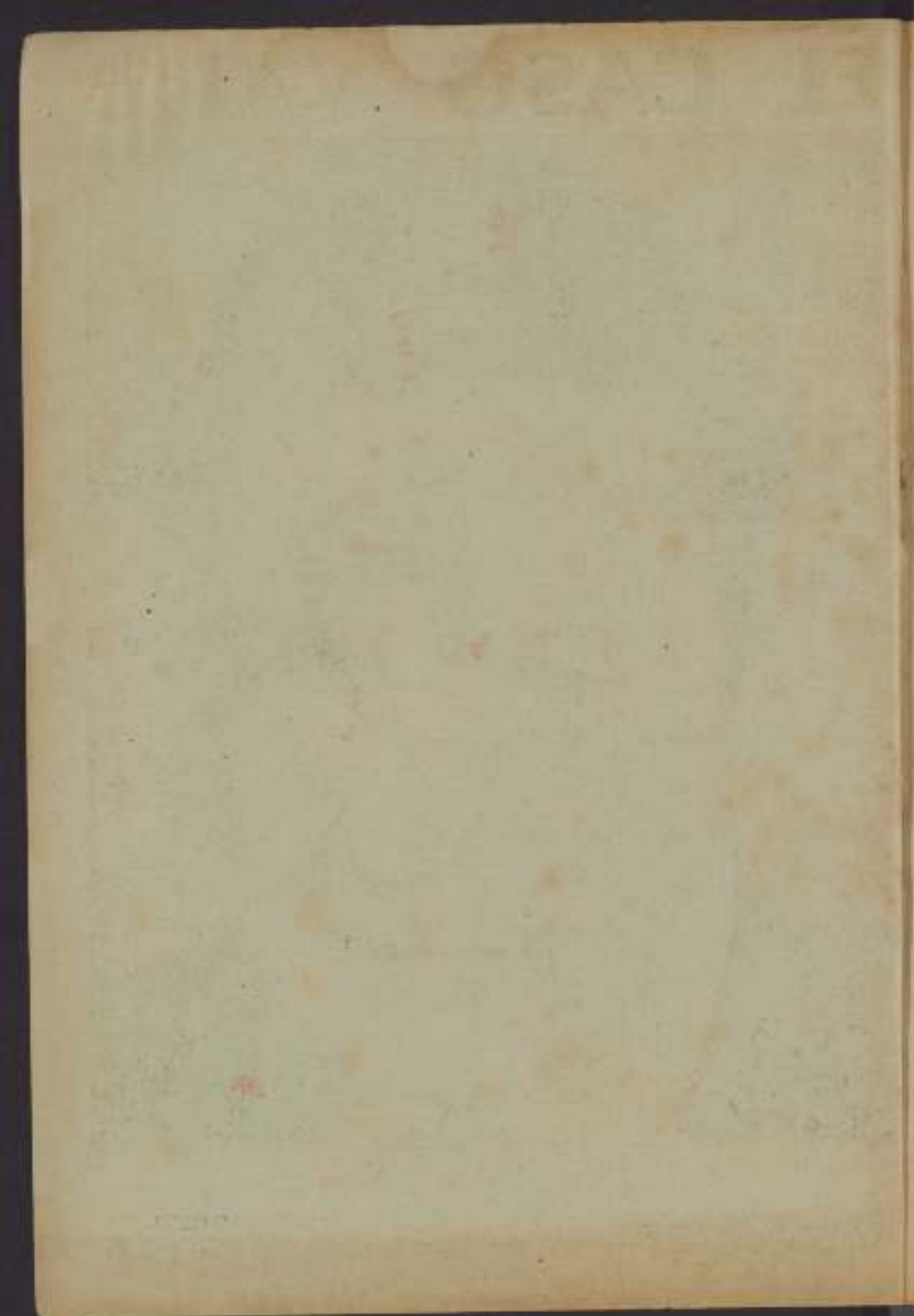
EL CASO VARE



CLIVE BROOK

Editorial  **Alas**

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: **RAMÓN SALA VERDAQUER**
Director literario: **MANUEL NIETO GALÁN**

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 334 - Apartado Correo, 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barba, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XVI

Núm. 292

EL CASO VARE

UN hombre fué inconsciente del mal que hacía a una mujer que lo amaba. Al borde de la ruina comprendió ella su equivocación, pero ya era tarde. Mas su corazón sintió el deseo de un amor sincero. Luchó hasta el fin por no abandonarlo a su destino. Pero éste se impuso para darle aquella libertad que podía hacerla feliz.

Genial creación de **CLIVE BROOK**

DIRECCIÓN DE **ROBERT STEWENSON**

PRODUCCIÓN **Cinematográfica Excelsa**
DISTRIBUIDA POR
Calle de Aragón, núm. 271—Teléfono 82441—BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Sir Hubert Vare. . . . **CLIVE BROOK**
Meg Vare **Jane Baxter**
Mike Adal **Barry K. Barnes**

Narración novelada por
MANUEL NIETO GALÁN

EL CASO VARE

ARGUMENTO NOVELADO
DE LA PELÍCULA

EXPECTACION

HABIA despertado una justificada expectación el asunto Hubert Vare, justificada, decimos, porque Hubert Vare era uno de los tipos más populares en Londres, entre la rancia nobleza. Pero esta procedencia no había sido obstáculo para que Hubert hubiera sabido crearse, con su simpatía, el cariño de los humildes y la admiración de muchas mujeres. Era además uno de los hombres más elegantes, y en toda su vida no se había preocupado de otra cosa que de vivir bien. Jamás se detuvo a pensar si sus ingresos cubrían sus gastos o si, por el contrario, eran éstos los que superaban a aquéllos.

Lo único cierto es que él vivía espléndidamente y que ya sus acreedores comenzaban a impacientarse en vista de que las facturas no se pagaban.

Hubert, con esa inconsciencia propia del que jamás le ha dado valor al dinero, seguía pródigamente viviendo en la suntuosa mansión que había heredado de sus padres, situada en las afueras de la población, y que constituía una finca admirada por muchos.

Además del lujo del edificio, se hallaba rodeada de un magnífico bosque, de un jardín grandioso, en el que sabios jardineros habían hecho verdaderas maravillas. En el cen-

tro del jardín, y limitando con el bosque, había un espacioso lago, en el que muchas veces Hubert se bañó y el cual se cruzaba por un puente a estilo japonés.

Lo que más tenía en estima Hubert Vare era aquella casa, a la que amaba con un amor tan solo casi comparable con el que sentía por su joven esposa, Meg, muy diferente en carácter a su marido.

En muchas ocasiones, Meg le había aconsejado que abandonara aquella vida de prodigalidad, que redujera sus gastos y que de esta forma podrían hacer frente a las muchas deudas que sobre ellos pesaban, e ir regulando su existencia. Hubert asentía a todo cuanto le decía su mujer, incluso le daba la razón y le prometía la enmienda, pero al cabo de una hora se había olvidado de todo y volvía de nuevo a las andadas, adquiriendo nuevo vestuario o comprando, fiada, alguna joya para obsequiar a su esposa.

Y de pronto suena el gran alarabonazo, o sea que el simpático Hubert Vare se ve mezclado en la muerte de su cuñado, único heredero de la gran fortuna de su suegra, y aparece él como culpable de su muerte.

La noticia corrió con la rapidez de la pólvora por todo Londres, y tanto la alta sociedad, como las gen-

tes humildes, sintieron una enorme expectación por saber si Hubert Vare, aquel hombre tan extremadamente simpático, había sido capaz de dar muerte a su cuñado, para que su esposa pudiera heredar todo el capital de la víctima.

Nadie le creía culpable, pero las pruebas parecían culparle, y después de varios días en los cuales se estaba viendo la causa, después de aducir pruebas para justificar su inocencia y con la declaración de muchos testigos de descargo, el presidente de la sala se dirigió a los señores que formaban el Jurado para exhortarlos a que cumplieran con su conciencia, y les dijo:

—Miembros del Jurado: no olvidéis en vuestras deliberaciones que la misión de probar la culpabilidad del reo corresponde al Fiscal. El defensor afirma que la muerte de Iusta Id fué un hecho accidental. No se os ha llamado para que discutáis sobre la veracidad de las palabras pronunciadas por el acusado en su defensa, ya que la tarea de probar su inocencia no es a él a quien incumbe. Claro que si ha logrado convencerlos, le absolveréis. Si después de haberle escuchado no fuese así, y, por otra parte, no encontráis en las conclusiones del Ministerio Fiscal pruebas suficientes para condenarle, entonces también le absolve-

réis. Sólo después de enjuiciados los hechos y cotejadas las pruebas, cuando no quede en vosotros una sombra de duda y tengáis el pleno convencimiento de que el reo asesinó premeditadamente, entonces es cuando debéis condenarle. Si estáis convencidos de su culpabilidad, no permitáis que el castigo que la ley prescribe para esta clase de delitos sea obstaculizado. Haciéndolo así cumpliréis con vuestro deber. Ahora retiraos a deliberar y traednos vuestro veredicto.

Se levantó el Jurado, y el empleado de la sala que había de conducirlos al departamento donde había de tener lugar la deliberación prestó su juramento de conducirlo, diciendo:

—Juro por Dios Todopoderoso que conduciré a los miembros del Jurado a una estancia a propósito y completamente privada. No permitiré que hable con nadie, ni siquiera conmigo, sobre el juicio que acaba de celebrarse.

Y de esta forma, el empleado condujo a todos los miembros del Jurado hasta el departamento dispuesto.

Una vez allí completamente solos todos los miembros que formaban el

Jurado, el presidente hizo uso de la palabra, diciéndoles:

—Creo, señoras y caballeros, que ante todo debemos revisar, una a una, las pruebas existentes, por si...

La única señora que formaba parte del Jurado le interrumpió, diciéndole:

—¿Para qué?... Ya hemos llegado a un acuerdo.

—No hable usted por los demás —le dijo el presidente.

—Nunca lo hago —respondió enfadada la señora.

Otro de los miembros del Jurado expuso su opinión, diciendo:

—Yo aun tengo mis dudas.

Nuevamente le interrumpió la señora, diciéndole:

—Entonces es que no ha escuchado usted debidamente y a mí me esperan cinco crios para que los acueste. Yo a las cinco en punto me retiro.

—De todas maneras, yo propongo, como presidente —siguió éste diciendo—, que el Jurado proceda a la revisión de todas las pruebas.

—Hasta las cinco podré hacerlo —insistió la señora.

El presidente hizo memoria a todos de cuanto se había declarado en

el sumario y comenzó diciéndoles:

—El día 11 de marzo, no recuerdo si fué el once o el doce, hubo una reunión entre Sir Hubert y sus

acreedores, en casa de su abogado...

Y fué reconstruyendo la vida del acusado desde aquella fecha en la forma siguiente:

UNA REUNION DE ACREEDORES

DEBIDO a las muchas deudas que ya tenía contraídas Hubert Vare y a que continuamente solicitaba nuevos aplazamientos, sus acreedores tuvieron una reunión, a la que invitaron a todas aquellas personas a quienes el aristócrata les debiera, por cualquier concepto. Para otro hombre que no hubiera tenido la despreocupación de Hubert, aquello hubiera sido doloroso, sin embargo para él era únicamente una dificultad de momento que estaba seguro de poder arreglar. Pero esta seguridad no la tenía su esposa Meg, quien pensaba que tarde o temprano los acreedores caerían sobre ellos y les obligarían a quedar en la más espantosa ruina.

El día señalado para la reunión,

mientras que Meg quedaba en su casa presa de la mayor zozobra, Hubert y su abogado se reunían con sus acreedores para dar fin a una situación que según ellos no podía continuar ni un día más.

—La cosa está muy mal—le dijo su abogado e íntimo amigo.

—No lo creas — respondió Hubert—. Ya verás cómo al fin se convencerán de que tengo razón.

El abogado le miró extrañado y le dijo:

—¿Que los vas a convencer de que tienes razón en no pagarles? Eso es imposible.

—Ya lo veremos.

Y, en efecto, como había dicho el abogado, el asunto se presentaba muy difícil. Todos querían cobrar y no estaban dispuestos a conceder

más plazos, ya que los últimos concedidos habían pasado sin que ninguno de ellos viera satisfecha ni una sola de sus facturas.

El que más insistía era el joyero Skinner, quien, dirigiéndose a todos los reunidos, les dijo:

—Creo, señores, que ya hemos dicho cuanto teníamos que decir, y dado pruebas de nuestra paciencia. Ha llegado el momento de tomar una decisión. Tenemos dos alternativas. Como joyero de la calle Bond, tengo experiencia, o declaramos a Sir Hubert en quiebra y echamos mano de lo que se pueda, o hay que darle un plazo para que pague. En cuanto al plazo, ya se lo concedimos otras veces y no hemos sacado nada. Yo no estoy dispuesto a reincidir. No quiero dar facilidades a personas que tienen el vicio de adquirir objetos sin intención de pagarlos.

—¿Lo cree usted así?—preguntó otro de los acreedores.

—Yo creo que va usted demasiado lejos, ¿no le parece?—dijo otro de los acreedores, quien a pesar de todo no podía ocultar la simpatía que sentía por Hubert.

—Esta es la verdad sin ambages—insistió el joyero—. No necesito para nada que me aconsejen.

De pronto entre los reunidos se levantó una voz para defender a

Hubert. Era un pobre diablo con aspecto de pordiosero que exclamó:

—Caballeros no hay razón para que nos acaloremos; piensen que no vamos a conseguir nada con enfadarnos.

—¿Quién es usted?—preguntó indignado el joyero.

—Soy Tommy Bold y estoy aquí para cobrar una bagatela que para mí es una fortuna. Pero si tienen el propósito de cobrar no tienen que aplastar a la gallina de los huevos de oro.

—¿De qué casa es usted?—preguntó nuevamente Skinner.

—¿Qué quiere decir?

—Digo que de qué casa es usted, a qué firma representa—insistió Skinner.

—Ah—exclamó Tommy Bold—. Ahora comprendo. Represento a una antigua firma... a la mía, Tommy Bold.

Skinner intentó de nuevo hablar para impedir que lo siguiera haciendo aquel desgraciado, pero Tommy volvió a insistir, diciendo:

—Yo conozco a Sir Hubert desde que era niño y vivía en New East, y les aseguro que jamás vió la luz del sol caballero tan bien cumplido...

—Opino que lo que tenemos que hacer...—le interrumpió el joyero,

que no quería dejar hablar a aquel entrometido.

—Yo también opino—siguió diciendo Tommy—que Sir Hubert no ha hecho otra cosa que derrochar la pasta, y pedirle que abandone este vicio es como pretender que la pantera deje de ser fiera. Ello quiere decir...

Skinner comprendió que aquel hombre no iba a terminar nunca y le preguntó, interrumpiéndole:

—¿Cuánto le debe a usted?

—Quince libras.

—¿De qué?

—Se le metió en la cabeza apostar a un caballo que perdió en Cambridgeshire.

—¿Lo ven ustedes? — exclamó Skinner—. Una deuda de juego.

—Sí, una deuda de juego—exclamó Tommy.

—Otra de sus grandes necesidades—siguió diciendo cada vez más indignado Skinner—. Pues bien, caballeros, propongo a ustedes que dejemos esta plática inútil y de declaremos en quiebra.

—Aguarde un momento, por favor, Skinner—dijo Hubert, levantándose—. Es usted muy «persuasivo». Creo que votaré por usted. Aseguro a ustedes que yo les considero a todos casi como amigos, es más, quiero decirles algo que no diría a nadie. Es cierto que yo les he com-

prado más de lo que podía, pero la culpa es suya, Skinner. Sus mercancías son demasiado atractivas. Esto es. Quizá algún día deje de apreciar lo que es de primera calidad, pero nada de eso; habrá de pasar mucho tiempo. Entre tanto, me disgustaría tener que llevar un traje forma saco, sólo porque usted, Munnings — se dirigió al sastre—, rehusara cortármelo.

El aludido se sintió halagado por el elogio que hacía de su profesión, y respondió:

—Yo espero que no llegue este momento.

—Todos ustedes son grandes artistas—siguió diciéndoles—; especialmente usted, mister Moss—éste era el camisero—. A propósito, quería decirle que no me cortase los cuellos tan estrechos. Y el caso es, como les decía, que ustedes tienen la culpa de que a mí me guste lo mejor. Soy una gran calamidad para pagar mis deudas, pero no me negarán que soy un buen escaparate. Sin embargo, Gates—se dirigía al sombrerero—ha tenido el valor de declararme en quiebra a pesar de haber tenido el privilegio de colocar este sombrero sobre mi cabeza. Pero tendrá que responder de semejante acto el día del Juicio Final... Ahora quiero decir a ustedes lo que yo creo que deberían hacer en mi

caso. Tengo el firme propósito de hacer grandes economías. Sólo así podré satisfacer mis deudas. Si me dan ustedes la oportunidad de realizar mi plan de economías, yo les pagaré. Hemos sido amigos mucho tiempo, y si no les pagase todo cuanto les debo, no me lo perdonaría.

—¿Lo ven ustedes? — exclamó convencido Tommy—. ¿Qué había dicho yo? Le concedemos tres meses para que nos pague...

—Desde luego—respondió el camiserero.

Skinner se indignó. Parecía como si le fuera a dar un ataque y exclamó:

—Ustedes podrán ser tontos de remate y dejarse convencer con vanas palabras, pero yo no.

—Quizá Sir Hubert—propuso el sastre podría darnos el nombre de un fiador.

—Es una idea magnífica—exclamó Sir Hubert—: pero ¿por qué no lo ha pensado usted antes?

—¿Quién es ese fiador?—preguntó el joyero.

Claro está que Hubert no encontraba a mano el nombre de un fiador que les mereciese confianza a aquellos hombres. Pero, de pronto, cruzó por su imaginación la figura de su cuñado y exclamó:

—Pues... ninguno mejor que Iustas... Ya le conocen ustedes... El lo haría todo por mí.

—¿Podríamos confirmarlo ahora? —preguntó desconfiado el joyero.

—En seguida — dijo Hubert—. Voy a llamarle. Iustas es el hombre más generoso del mundo y el más tratable.

Llamó a un número imaginario, y sin preocuparse de quien estaba al aparato, le dijo tranquilamente:

—¿Eres tú, Iustas? Te habla Hubert.

La pobre mujer que se había puesto en el teléfono del número que había llamado Hubert, oía extrañada todo lo que le decía, y él continuó hablando tranquilamente.

—Escucha, ando un poco escaso de dinero y algunos de mis acreedores se sentirían tranquilos si te avinieses a garantizarme. ¿comprendes?

—Creo, señor, que se ha equivocado usted de número. Es miss Tillie quien está al aparato.

—Ya sabía que accederías—respondió Hubert, como si estuviese hablando con su cuñado—. Gracias.

Ofreció rápidamente el teléfono a todos para que ninguno tuviese tiempo para tomarlo, y les dijo:

—¿Quiere alguien hablarle?

Y nuevamente se puso a hablar con aquella pobre mujer, diciéndole:

—Oye, te vi anoche... Te divertiste de lo lindo, ¿eh? Adiós, muchacho.

Soltó el teléfono, y dirigiéndose a los acreedores, les dijo:

—Bueno, ya está. Me felicito de haberles satisfecho. Creo que ya hemos terminado.

Y sin dar ocasión para que nadie pudiera responder, se dirigió hacia la puerta, exclamando al ver el sol que hacía:

—Lástima de día para pasarlo aquí encerrado, ¿no les parece?

—Sí, así es—exclamó Tommy—. Vámonos.

Y sin esperar a más, salieron todos de allí, acompañando a Hubert, que tenía el coche a la puerta. Al subir a él vió a Tommy a su lado y le preguntó:

—¿Quieres que te lleve?

—Gracias — respondió Tommy, aceptando la oferta y sentándose al lado suyo.

Antes de partir se despidió de Skinner, diciéndole:

—No sé qué podría hacer para demostrarle mi agradecimiento por estos tres meses de plazo que me conceden.

—¿A mí?—preguntó sorprendido—. Mi propuesta fué desechada, pero no olvide usted que no toleraré deferencias. Nos pagará a todos de modo justo y fijando proporciones.

—¡Qué lástima!—se lamentó cómicamente Hubert—. Yo pensaba

pagarle a usted primero que a nadie.

Se puso el auto en marcha, y Skinner, subiendo al suyo, le ordenó al chofer:

—Siga de cerca a ese coche.

Mientras se dirigían hacia la casa de Hubert, éste le dijo a su compañero Tommy:

—Ya sé que merecería un castigo por no haberte pagado, Tommy.

—Nada de eso, señor—respondió el otro.

—Debiste escribirme.

—Ya lo hice.

—Lo malo es que nunca abro la correspondencia—respondió Sir Hubert—. ¿Y qué tal te ha ido?

—Nada bien — respondió Tommy—. Pero ya estoy acostumbrado.

—No lo creo. Usted me recuerda Hubert—; volverás a levantarte.

—No lo creo. Usted me recuerda otros tiempos; cuando yo tenía la voz fuerte; ahora, a dos metros de distancia, no me oían ni usando altavoz.

—Verdad que tienes una tosecilla muy fea... ¿Qué es eso?—le preguntó Sir Hubert.

—Me hice auscultar hace una semana. El doctor dice que pronto me largaré de este mundo.

—Mi querido Tommy—contestó Sir Hubert—, créeme que lo siento.

—No tiene remedio, señor—le dijo Tommy.

Sir Hubert sacó la cartera con la mano que le dejaba libre el volante, y entregándosela a Tommy, le dijo:

—Ten, ábrela y coge lo que te debo.

—¿Lo dice en serio, señor?—preguntó el otro.

—Claro que sí.

Tommy sacó de la cartera las quince libras que le debía y se la devolvió diciéndole:

—Muchas gracias. Yo ya he llegado.

—Oye no se lo digas a Skinner. Se moriría.

Tommy se apeó del coche y Sir Hubert le despidió diciéndole:

—Adiós, y buena suerte.

—La buena suerte para usted—

respondió Tommy—. Si algún día necesita de algún buen amigo, ya lo sabe.

De allí, seguido por Skinner, se fué directamente a un bar que había cerca y entró, gritando al camarero:

—Oye, dame dos bocadillos de jamón y un doble de whisky.

—Por lo visto prosperas—le preguntó uno de los parroquianos.

—Quiero convidar a todo el mundo. Acercaos y bebed conmigo. Brindaremos por el hombre más desprendido que jamás vió la luz del sol.

Y todos los parroquianos bebieron a la salud de Sir Hubert, mientras que Skinner se mordía los labios de rabia, al ver que Sir Hubert seguía siendo el mismo de siempre.

PROPOSITOS QUE NO SE CUMPLEN

SIR Hubert pensó en su mujercita. Se acordó de lo intranquila que había quedado y pensó que como recompensa a su cariño debía obsequiarla con sus flores favoritas. Al efecto entró en la primera tienda de flores que encontró al paso y adquirió un magnífico ramo de rosas. Con ellas entró precipitadamente en su casa, y al ver que nadie salía a recibirle, comenzó a gritar:

—¿Es que no hay mujeres en casa?

Apareció su mujer, y Sir Hubert se acercó a ella, besándola y diciéndole:

—Hola, Meg.

—Dime, ¿qué ha ocurrido?—lo preguntó angustiada ella.

—Que nos hemos divertido mucho. Mira lo que te traigo. Rosas.

—¿Para mí?—preguntó Meg.

—No, para la cocinera—respondió riendo él.

—Hubert, por Dios, dime qué es lo que ha pasado con los acreedores —insistió la pobre muchacha.

—Pues que se han convencido de que soy un hombre intachable.

—Yo creía que te conocían mejor—le dijo ella, sonriendo con tristeza.

—Me han concedido un plazo de tres meses.

—¿Es cierto? — preguntó Meg, temiendo que aquello fuera una nueva broma de las muchas que le gastaba su marido.

—Y tan cierto. Por eso quiero que lo celebremos.

Meg lo miró compasivamente. Sin duda que aquel hombre no tenía enmienda, y le preguntó:

—¿Y qué va a pasar cuando termine el plazo?

—¿Yo qué sé?—respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué mirar el lado malo de las cosas?

—Es que debemos hacerlo, Hubert—le aconsejó nuevamente su esposa—. Pienso que deberíamos sumar nuestros ingresos y no gastar más de lo que se pueda.

Sir Hubert hizo un gesto de cansancio y replicó:

—Eso es demasiado depresivo, querida Meg.

—Sin embargo, debes administrarte. ¿Dónde está tu libro de cuentas?

—¿Mi libro de cuentas?—preguntó Sir Hubert—. Ya verás... Denis.

Denis era el criado más antiguo de la casa. El hombre de confianza de los esposos, quien al sentirse llamar se presentó, preguntando:

—¿Llama el señor?

—Sí, ¿dónde está mi libro de cuentas?

—Pero, ¿ni siquiera sabes dónde lo tienes?—preguntó Meg, desesperada.

—No me ofendas, querida—le dijo él—. Claro que lo sé. ¿Dónde está mi libro, Denis?

—Lo tenía usted en un cajón de la cómoda, señor, con los cuellos viejos.

—Lo habrán tirado a la basura, de seguro.

—Creo que sí, señor.

—Puede marcharse, Denis—le dijo Meg.

Y volviéndose a su marido, siguió aconsejándole:

—Hay que pensar en hacer alguna cosa. Es que podríamos economizar...

Sonó el teléfono y Sir Hubert se puso al habla, diciendo:

—Hola, Merri... ¡Oh, qué suerte!... ¿Y te marchas pronto?

Se volvió a su esposa y le dijo:

—Continúa, puedo oír a las dos.

—Creo que deberíamos hacer economías, Hubert.

—Espera—le dijo Sir Hubert, volviendo al teléfono—. No oigo bien. Esa es una idea excelente. No, me temo que no haya Riviera para nosotros este año. Claro que tu idea me parece magnífica... Ya lo pensaremos. Sí. Adiós.

Dejó el teléfono y dirigiéndose a su mujer le dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Que Merry tiene la solución de nuestro problema... Nos vamos a Cannes.

Miró al criado, que había vuelto a entrar, y este le dijo:

—Recuerdo al señor que Sir Munnings está esperando.

—Nosotros no haremos tal cosa —exclamó con decisión Meg.

Su marido, olvidando sus propósitos de economías, trató de convencerla, diciéndole cariñosamente:

—Mi querida niña, desde Cannes lo veremos todo con más optimismo. Llamó al criado y le ordenó:

—Denis, telefonaa que me reserven dos camas en el tren de las cuatro y media. Que lo carguen a mi cuenta. Ahora, querida Meg...

—Hubert—le dijo su esposa, tratando aun de convencerle— No debes pensar en...

—Prepara el equipaje—siguió diciéndole él, sin darle tiempo para que hablase— Nos marchamos a Cannes.

El criado, en vista de que su amo no se acordaba de que el sastre estaba esperándole se lo advirtió de nuevo diciéndole:

—Señor, mister Munning aún le está aguardando.

—Hazle pasar en seguida.

Poco después entraba el sastre y Meg miraba atónita a su marido, sin comprender cómo podía tomar las cosas tan a la ligera, cuando aun no habían transcurrido cuatro horas de

aquella célebre reunión de acreedores.

Sir Hubert, como si no hubiera pasado nada, le recibió afectuosamente, diciéndole:

—Mi buen amigo Munning. Es de agradecer que venga usted a verme después de la reunión. Eso prueba la fe que tiene en mí. Sólo puedo dedicarle unos minutos. Nos vamos a Cannes.

—¿Entonces no tendrá usted mucha prisa en que le termine la americana?—le preguntó el sastre.

—¿Podría tenerla para las cuatro?—le preguntó— ¿Cómo está su señora y todos sus pequeños?

—Muy bien, señor —respondió Munning, agradeciéndole aquel interés— Descuide que tendrá la americana para esa hora.

—Mientras se probaba la americana, le decía al sastre:

—Munning, ha delineado usted con yeso a las personas más notables del país.

Vió entrar a su esposa, que venía para impedirle que se encargase más ropa, y al ver que no se atrevía a hablar, le dijo, animándola:

—¿Qué quieres? Munning es de confianza, puedes hablar delante de él.

—Nada —respondió secamente Meg, saliendo de la habitación.

El criado entró en aquel instante para preguntarle:

—¿Qué dirección debo poner en las etiquetas del equipaje, señor?

—No lo sé... pero puedes poner Hotel Carlton.

Salió el criado y llamaron a la puerta. Abierta ésta se encontró Denis con mister Skinner, que a toda costa quería hablar con Sir Hubert. El criado se oponía, diciéndole:

—Sir Hubert ha salido. Mejor dicho, acaba de salir en este instante.

—Pues yo he de hablarle y le esperaré.

A las voces de Skinner apareció Meg, que preguntó al criado:

—¿Quién es, Denis?

—Mister Skinner. Al parecer está de muy mal humor.

Meg salió a recibirle y le dijo:

—Ya le ha dicho mi criado que no está aquí. Que acaba de salir. ¿Quiere que le dé algún recado?

—Dígale que he seguido al que subió al auto y que ésta es la última vez que nos engaña.

—¡Mister Skinner! — exclamó ella, dándose por ofendida.

El joyero atenuó la violencia del tono con que hablaba y le dijo:

—Le ruego a usted que no se moleste, señora. Pero si su esposo no nos paga hasta el último céntimo en el plazo convenido, lo cual dudo, le declararemos en quiebra. No crea

que me guía ningún deseo de venganza, pero él ha quebrantado ya las condiciones de nuestro acuerdo.

Y sin esperar ninguna otra contestación, se despidió gentilmente de Meg, marchando a su tienda.

Al entrar en su despacho, por las vidrieras del mismo vió entrar a Sir Hubert, y se echó a temblar. ¿Sería capaz aquel hombre de ir a comprar alguna joya? Y su presentimiento no le falló, cuando oyó a Sir Hubert saludar al dependiente, diciéndole:

—Hola, Carter.

—Buenos días, Sir Hubert—respondió el dependiente.

—¿Cómo se encuentra su hermana? ¿Está ya mejor?

—No, desgraciadamente. Lo único que la distrae grandemente es el Pinzón Real que tuvo usted la amabilidad de regalarle.

—Pues ahora tiene usted que hacer algo por mí—le dijo Sir Hubert—. Quiero hacer un regalo a una señora que está de muy mal humor, y lo más grave es que tengo yo la culpa.

—¿Se trata de una mujer mayor o de una joven?—preguntó el dependiente.

—Se trata de mi señora. Ustedes, los joyeros, carecen de moral.

—Usted comprenda—se disculpó

el dependiente—, ocurren a veces tantas cosas...

—Pero esta no es una de esas veces—exclamó Sir Hubert.

El dependiente le mostró una preciosa pulsera de oro y mientras que Sir Hubert la estaba examinándola, Skinner le dijo a su secretario:

—Salga usted a la tienda y ordene a todos que no deben servirle ni a crédito, ni al contado.

Sir Hubert, al oír la orden que daban contra él, entró en el despacho para pedir una explicación, y mister Skinner le preguntó:

—¿Qué le ocurre a usted?

—¿Por qué ha dado usted orden de que no me sirvan?

—¿Qué cinismo!—exclamó desesperado el joyero—. ¿A qué ha venido usted aquí?

—Esta mañana usó usted acusarme de favoritismo. Me propongo demostrarle su equivocación.

—Le he seguido a usted esta mañana.

—¿Conque esas tenemos?—preguntó bromeando.

—Y a una de sus preciosas amistades.

—¿Y descubrió usted que le di quince libras a aquel pobre diablo? ¿Qué hay de malo en ello? Tommy está en una situación precaria, ¿podría tolerarse que fuese a dormir a un parque?

—Por mí, que duerma en el río, poco me importa—respondió el joyero, dando una prueba de su ambición—. Ha embaucado usted demasiadas veces a sus acreedores, y yo no he de parar hasta verle aplastado... Quiero leer en los periódicos: «La quiebra ante un Tribunal, Sir Hubert Huer arruinado». Un caso que, al hacerse público, permitirá que la gente sepa cómo un hombre que se titula honorable, cumple con sus obligaciones.

—¡Cállese!—le gritó Sir Hubert, sin poderse contener ante aquel insulto.

En la tienda, vio Sir Hubert a su esposa, que llegaba, y después de preguntar por mister Skinner, entraba en el despacho del joyero, a quien dijo:

—Mister Skinner, vengo a hablar con usted... No lo he hecho por teléfono, porque es muy difícil entenderse.

—No te molestes—le dijo su marido—. He obrado como lo haría un burro.

Meg creyó que ya el joyero y su marido se habían puesto de acuerdo, y más tranquilo exclamó:

—Si ya ha hablado usted con mi esposo, creo que ya nada tengo que decirle.

—Nada, señora—respondió el joyero, pesándole que aquella mujer

fuera la esposa de un hombre tan tarambana como lo era Sir Hubert.

Sir Hubert se dio cuenta de que aun tenía en la mano la pulsera que le enseñara el dependiente, y enseñándosela a su esposa, le preguntó:

—Meg, ¿te gusta este regalito que te he comprado?

Skinner, sin decirle palabra, le arrebató de las manos la pulsera, y Sir Hubert, ante aquel gesto tan grosero, exclamó:

—¡Qué orgullosa de usted debe estar su esposa! Vámanos, Meg...

Y cogiéndola del brazo, la condujo hasta la puerta de la joyería, donde tenía el coche, y la acompañó a su casa, al mismo tiempo que le decía:

—Estos joyeros son unos groseros... ¿No te parece?

Su esposa no quiso o no pudo contestar. Sentía que toda la sangre se le había subido al rostro al ver lo que Skinner hacía, y sintió la vergüenza de verse señalada por aquellos comerciantes como la esposa de un tramposo.

UN ANTIGUO ASUNTO

SIR Hubert no había sido un hombre dado a las mujeres, ni a las aventuras de esta clase. A pesar de su elegancia y de su simpatía, a pesar de que en muchas ocasiones se había visto verdaderamente asediado por ellas, siempre las rehuyó, temiendo sus complicaciones. Por fin conoció a Meg, se enamoró perdidamente de ella y se casaron, contra la opinión del hermano de ella, que sabía quién era Hubert.

No obstante, en sus últimos años de soltero, Sir Hubert tuvo una aventura sin importancia con una dama y ya había olvidado el todo cuanto se refería a aquéllo, cuando nuevamente, sin que él lo supiera, salía a relucir.

En efecto, el mismo día en que tenía decidida su marcha a Cannes, se presentó en la oficina de un íntimo amigo suyo y abogado, la señora en cuestión. Se aprovechó de una postulación de caridad para entrar en su bufete y decirle:

—Siempre me dirijo a los abogados... Suelen ser tan generosos para la caridad...

—No lo sabía—respondió Mike Adai, que era el nombre del abogado.

—Tenemos un amigo común, *misted* Adai—siguió diciéndole la postulante.

—¿Un amigo?—preguntó el abogado.

—Sí, Hubert Uer. ¿No es cierto?

—Sí, claro—respondió.

Al ver que el abogado hacía ademán de marcharse, la postulante lo detuvo, diciéndole:

—¿Me permite usted una pregunta? No le entretendré ni cinco minutos.

—Preferiría que fueran dos solamente — le respondió secamente mister Adai.

—Seré breve—siguió diciéndole ella—. ¿Qué es lo que debe hacerse cuando un marido se empeña en divorciarse?

—Ese es un terreno muy resbaladizo, señora—respondió el abogado.

—Hasta ahora, mi marido había sido un modelo de discreción, y de repente ha sacado a relucir una antigua aventurilla...

El abogado, deseoso de terminar cuanto antes aquella entrevista, le dijo, tratando de evadirse:

—No quisiera ser descortés, miss...

—Miss Slade—terminó ella dándole su nombre.

—¿Acaso la caridad — volvió a preguntarle el abogado — ha sido sólo una excusa para obtener un consejo gratis?

—Es usted muy inteligente.

—¿Está usted segura?

—Es que... verá usted. En el caso de que las cosas fueran mal, de-

searía que usted me defendiese. Ya sé que usted no se negaría, porque en cierto modo, defendería usted al mismo tiempo a un amigo suyo.

—¿Amigo mío? — preguntó extrañado el abogado.

—Sí, a Sir Hubert Uer. Mi esposo quiere citarle ...y claro... yo he pensado que siendo ustedes tan amigos, quizá podría hacerse algo.

—¿Hacer qué? — preguntó el abogado.

—Tal vez podría usted aconsejar a Sir Hubert que tuviese una conversación con Jack.

—¿Sobre qué?

—Pues como quiera que los negocios no le han ido bien a Jack últimamente, quizá estaría dispuesto a avenirse a un arreglo.

—¿Qué clase de arreglo? — preguntó el abogado, adivinando lo que ella pretendía.

—¿Por qué quiere que sea tan explícita? — preguntó ella—. Con un poco de dinero, estas cosas se arreglan fácilmente, ¿no es cierto?

El abogado, como había dicho ella, era íntimo amigo de Hubert, pero aun lo era más de Meg. La había conocido siendo casi una niña y más tarde aquella amistad que la profesaba se convirtió en un gran amor que tuvo que callar ante la decisión de ella de casarse con Hubert. Al

darse cuenta de lo que pretendía aquella miss Slade, la miró amenazador, temiendo por la felicidad de Meg, y le respondió:

—Yo soy abogado y acabo de encausar precisamente a dos lindísimas chantagistas dedicadas a la rama de los divorcios. Hice que las condenaran a seis meses... Yo, en su lugar, no abandonaría ese sistema de conseguir dinero... Resulta muy lucrativo a veces.

La postulante no quiso seguir más tiempo la conversación y salió del despacho, temiendo que aquel hombre pudiera denunciarla al sospechar sus propósitos.

Pero por si acaso podía ocurrir algo desagradable, aquella misma tarde, en cuanto se fué la tal miss Slade, Mike Adai se dirigió a casa de su amigo, para informarle de lo que ocurría y de que estuviese prevenido. Le refirió su conversación con la tal Slade y terminó diciéndole:

—Estos son los hechos. No intento hacerte preguntas ni darte mi opinión, pero yo, en tu lugar, tendría cuidado.

Hubert seguía haciendo su equipaje sin darle mucha importancia a lo que le decía su amigo, y exclamó, sin aludir a la conversación que sostenían:

—Este Denis es un buen muchacho, pero siempre olvida algo.

—¿Qué piensas hacer sobre este asunto?—le preguntó nuevamente su amigo.

—Nada. Los maridos celosos son tan obtusos como los hombres de ciencia. Si los maridos nos preocupásemos por esas cosas, no dormiríamos tranquilos.

—Cierto. Pero eso no impide que las esposas pasen por esta causa muchas horas de insomnio.

Oyó a Meg que se acercaba, y Sir Hubert le advirtió:

—No le digas nada a Meg. Sentiría herir su dignidad.

El abogado se acercó a ella y viéndola disgustada le preguntó amistosamente:

—¿Qué le pasa a esa carita?

—Está enfadada — exclamó su marido —. Nos hemos enfadado. Voy a buscar mis raquetas de tenis.

—No hace falta—le dijo ella—, porque no nos vamos.

—Sé práctica, mujer — insistió Sir Hubert —. No puede uno alterar los planes en el último momento.

Salió en busca de las raquetas y Mike le preguntó, extrañado:

—¿Qué planes son esos?

—Hubert, que tiene la idea de que nos vayamos a Cannes. Yo creo

que debemos quedarnos y salir del atolladero cuanto antes.

El abogado sonrió ante las palabras de Meg, y al fin le dijo convencido:

—Ya veo que irás con él a Cannes.

—Esta vez no lo haré—respondió ella con decisión—. He dado rienda suelta a Hubert desde que nos casamos...

—Porque le amas—le dijo Mike, sintiendo en su corazón el dardo de los celos.

—Le amo, sí, pero comprendo que de seguir así iremos siempre a la deriva.

Mike le cogió las manos, se la quedó mirando fijamente y al fin le dijo:

—Meg, hay en ti infinidad de cosas que me encantan, sobre todas ellas la fuerza de voluntad que pones en tus decisiones, pero luego llega Hubert y toda tu entereza se viene a tierra.

—¿Y eso también te gusta?—le preguntó ella extrañada.

—Sí—le confesó Mike—. perteneces a la clase de esposas que todos los hombres ambicionan y de las que hay muy pocas.

Al mismo tiempo que volvía a entrar donde estaba su esposa, Hu-

bert oyó esta la voz de su cuñado, y exclamó alarmado:

—¡Iusta!

Su esposa le miró, extrañada de que le intranquilizara la presencia de su hermano, y le preguntó:

—¿Por qué lo dices de ese modo?

—Por nada—respondió más tranquilo—. Porque me gusta decirlo así.

—Meg sospechó algo de lo ocurrido y le preguntó:

—¿Has hecho uso de su nombre en la reunión?

—No quería decírtelo—le confesó su esposo—, pero estoy seguro de que no se disgustará.

Apareció Denis anunciando a Iusta Id, y Hubert corrió a su encuentro, diciéndole:

—Mi querido cuñado...

—¿Qué significa esto, Hubert?—preguntó de mal humor—. Seis de tus acreedores me han llamado para saber si yo garantizaba tus cuentas.

—Se habrán equivocado de número—respondió tranquilamente.

—Insisto en que me des una explicación—volvió a decirle Iusta, quien no era persona que se dejase engañar fácilmente y menos aún cuando mediaba dinero.

—Yo te daré esa explicación.

—Cuando se haya inventado una—
—dijo Meg.

Su hermano se volvió hacia ella y le dijo en el mismo tono de indignación:

—Lo más probable es que tengas tú toda la culpa. Nunca me demostraste lealtad.

—No la esperes—dijo ella—. Ya sabes que me molesta verte.

Hubert intervino para reconciliar a los hermanos, y le dijo a su cuñado:

—Ya sabes que ese es su carácter. Y la verdad, me apena grandemente esa equivocación.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ya más calmado Iusta.

—Nada, que yo sé que si tú hubieras estado allí, lo habrías arreglado. Habré causado mala impresión a esos señores, ¿verdad?

—Pero, ¿por qué has hecho uso de mi nombre?—le preguntó su cuñado.

—Mira Iusta, yo sé que tú aborreces las adulaciones, ¿no es cierto?

—Naturalmente—respondió Iusta.

—En honor a la verdad, les dije que siendo tú mi cuñado no podría dejar de pagarles por no manchar tu buen nombre.

—Muy acertado—respondió casi convencido Iusta.

—Confía en que yo moveré cielo y tierra para aclarar este asunto.

Y al ver que su cuñado se humanizaba, se atrevió incluso a pedirle:

—Mira, ahora, lo único que necesitamos es un pequeño cheque, un pequeño préstamo... Unas dos mil libras.

—¿No esperarás que te las preste yo?—le dijo Iusta.

—¿Por qué no?

—Sencillamente por eso... Porque no.

Mike intervino en la discusión. No le era nada simpático aquel Iusta, como a nadie se lo era, pero sin embargo, quiso ayudar a su amigo y le dijo:

—Después de todo, usted no sabe qué hacer del dinero, y su hermana se encuentra en un apuro.

Iusta se le quedó mirando, y al fin le preguntó:

—¿Me sugiere usted la idea de que costeé las extravagancias de este loco?

—No—exclamó el abogado—. Le pido únicamente que sea humanitario.

—¿Tiene usted algo que ver en ello?—le preguntó casi con grosería Iusta.

Mike, antes que tenerle que con-

testar en igual tono, le contestó secamente:

—¿Yo?... Nada en absoluto. Me retiro.

—No te vayas, Mike—le dijo Sir Hubert—. Quédate y acompaña a

Meg a la estación. Yo tengo que salir antes a hacer unas compras. Quiero comprar mermelada. No hay buenas mermeladas en Cannes... ¿Vamos, gusta? En la estación Victoria a las cuatro y media... Adiós.

UNA DESPEDIDA POCO CARINOSA

SALIERON juntos los dos cuñados y cuando ya estaban en la puerta, lustrada, con la mayor desprecupación, le dijo a su cuñado:

—Me sorprende que permitas a ese joven visitaros con tanta frecuencia.

—¿Por qué?—preguntó Hubert, creyendo que se trataba de la antipatía que siempre se habían demostrado al abogado y su cuñado.

—Pues no hace falta ser un lince para ver que está enamorado de Meg.

—¿De veras lo crees así?—preguntó bromeando sir Hubert, pero sin creerlo.

—Estoy seguro de ello.

—¡Pobre diablo!—volvió a decirle sir Hubert en tono irónico—. Eso

es terrible. Pero no te preocupes, lustrá. Meg y yo podremos tener nuestras altas y bajas, pero en el fondo nos adoramos. Yo sólo deseo que algún día te encuentres alguna mujer como tú te la mereces... Claro que es algo difícil.

—Bien, bien—respondió su cuñado, dándose cuenta de la doble intención de aquellas palabras—. Adiós tú y ella. Adiós.

A las cuatro y cuarto, después de haber hecho todas sus compras, sir Hubert se encontraba en la estación Victoria esperando la llegada de su mujer. Continuamente miraba su reloj de pulsera y veía que el tiempo adelantaba sin que llegase ni Meg, ni su amigo.

Faltaban ya tan sólo tres minutos para partir el tren cuando vio llegar

a su esposa y al abogado. Se adelantó hacia Meg y le dijo nerviosamente:

—Gracias a Dios. Lo has tomado con calma. El tren está a punto de arrancar. Sube si no quieres quedarte en tierra.

—No quiero ir contigo, Hubert—le dijo su esposa, persistiendo en la misma idea de antes, para ver si de esa forma conseguía que desistiese de aquel viaje.

—¿No?... Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?—exclamó sir Hubert afectando un gran pesar.

—Te lo he dicho más de cincuenta veces—le dijo su esposa—. Tenemos tres meses para arreglar las cosas, y alguno de los dos ha de dar el ejemplo.

—Meg—le dijo sir Hubert—. En esto te desconozco. Eso significa simplemente que yo he de esperar... Es una lástima perder el importe de los billetes. Tirar de esta forma el dinero cuando precisamente debemos economizarlo. No, no y no. No puedo consentirlo. Sube las maletas.

Su amigo, al ver que Hubert estaba dispuesto a marcharse aun cuando fuera sin su esposa, se lo preguntó, diciéndole:

—¿Estás dispuesto a marcharte solo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?—preguntó, afectando un gran des-

aliento—. Ya ves que Meg no quiere venir. Me has puesto en una situación embarazosa, querida. Cualquiera diría que esto es una huida. ¿Cómo decidir nada si tú estás aquí y yo en Cannes? En esta ocasión no eres nada razonable, Meg.

—Sí—respondió la joven—, tal vez no lo sea en esto, pero lo soy en lo otro. Hoy es día de borrasca y tú eres un timonero deplorable.

—Lo siento mucho, querida—volvió a decirle su esposo—. Ya sé que da la impresión como si no pudiera con mi propio peso, pero yo no sé sumar dos y dos. Te diré lo que has de hacer. Mike es un hombre de negocios, él te ayudará. ¿Verdad, Mike?...

—Descuida—respondió el aludido.

—¿Lo has visto?—le dijo finalmente—. Ya ves como te dejo arregladas todas las cosas...

El tren comenzó a marchar, y desde el estribo del vagón, Hubert le dijo riendo:

—¡Ah! Escucha: Iusta me ha hecho reír, diciéndome que Mike estaba enamorado de ti. ¡Pobre Iusta! No es precisamente un hombre de mundo. ¿Verdad?...

Meg vio marcharse a su marido y quedó angustiada al ver que daba tan poco valor a lo que su cuñado le había dicho. Mike comprendió la pe-

na de la muchacha y trató de consolarla, diciéndole:

—Meg, debes tener en cuenta que Hubert se encuentra mal desde hace unos días. El nació en una cuna riquísima y no sabe comprender que ahora los tiempos han cambiado y la realidad le ha desconcertado por completo. Esa es precisamente su tragedia. Los Hubert Vare de antaño hoy ya no están de moda. Son figuras de museo y él lo sabe... Escucha... ¿En qué estás pensando?

—En nada—le dijo ella, mirando por la ventanilla del coche que los conducía nuevamente hacia su casa.

—¿No será en lo que dijo el imbécil de tu hermano?—le preguntó Mike.

—Claro que no — le respondió ella—, Iusta se complace en molestarle.

—Pues recuérdame que le propi-
ne un buen puntapié, si vuelve a hacerlo.

De pronto Meg se le quedó mirando y le sorprendió con la misma pregunta que él la había hecho, diciéndole:

—¿Cómo se te ha ocurrido que pudiera pensar en eso?

—No lo sé—respondió el abogado, sin encontrar ninguna explicación.

—Pues precisamente en eso era en lo que estaba pensando.

Mike adoptó un gesto de contrariedad. A él le gustaba más mantener aquella amistad con Meg que entusiasmarla con el pensamiento de un amor que creía imposible, y le dijo:

—Oh, pues ahora... nuestra conversación se hace más difícil.

Y callando los dos, sin saber qué decirse, presa cada uno en el mismo pensamiento que había despertado la insensatez de Sir Hubert, llegaron a la puerta de la casa de Meg, donde se despidieron los dos amigos, quedando él en visitarla al día siguiente para que lo pusiera al corriente de todas aquellas cosas económicas, que era lo más interesante por el momento.

Mientras tanto, Sir Hubert se dirigía hacia Carnes, sin pensar en la situación tan difícil en que dejaba a su esposa. Iba tranquilamente leyendo los diarios de la tarde, cuando al levantar la vista de la lectura, se dio cuenta de que en su mismo departamento iba una mujer elegantísima. Dejándose llevar únicamente por la curiosidad y por el interés que para él tenía todo lo bello, se fijó varias veces en su compañera de viaje, hasta que finalmente vió que ella sacaba de su manguito un perfito precioso. Le hizo gracia la forma

como había burlado la vigilancia del encargado del tren y sonrió ante aquella estratagema. Su compañera se dio cuenta de la sonrisa de él y le preguntó:

—¿Le interesan a usted los perros?

—Forman parte de mi existencia —respondió Sir Hubert.

—Son deliciosos —siguió diciéndola—. A mí me acompaña en todos mis viajes.

—¿Y adónde se dirige usted ahora? —preguntó Sir Hubert, deseando encontrar una compañía con quien charlar.

—Voy a Cannes —le dijo ella.

—Precisamente voy yo también. Si en algo puedo servirle... Mi nombre es Hubert Vane.

—Yo soy Claire Plegion —dijo ella, presentándose a su vez.

De aquella forma trabaron los dos amistad, y ya no cesó la conversación en todo el curso del viaje, hasta llegar a Cannes y hospedarse en el mismo hotel. Habían bastado aquellas horas de viaje para que ya los dos se considerasen los mejores amigos del mundo.

Una vez en el hotel se encontró Sir Hubert con el grave problema del dinero.

No había pensado que para vivir allí hacía falta pagar y como no era hombre que se anduviese por las ra-

mas, pensó que en el juego encontraría un buen medio para hacer fortuna y sufragar los gastos de su estancia en Cannes. Para ello solicitó del cajero del Hotel que le hiciera efectivo un cheque, a lo cual no se negó el empleado, pensando que se trataba de un alto personaje inglés. Pero al día siguiente se encontró también sin dinero y antes de sentirse a jugar se acercó a la ventanilla de la caja y preguntó al empleado:

—¿Puedo hacer efectivo otro cheque?

—Pues claro que sí, señor. ¿Por qué no? Conocemos muy bien al señor.

—¿Y si se equivoca? —preguntó Sir Hubert.

—Pues pierda mi empleo... ¿De cuánto, señor?

Sir Hubert tuvo un momento de duda. El hecho de que por su culpa pudiera perder su empleo aquel hombre, lo detuvo, antes de firmar el cheque. Mas aquella duda duró tan sólo unos segundos. Inmediatamente pensó que con el producto del juego podría pagar el cheque y dejar libre al empleado. Firmó, pues, y cobró la cantidad que había escrito.

En poder de las quinientas libras se fué hacia donde estaba la sala de juego y empezó a jugar. Se jugaba

al bacarrat y la suerte le fué propicia desde el primer instante. Todas las cartas se daban a su favor y ganaba ya una verdadera fortuna cuando se presentó su compañera de viaje y Sir Hubert la saludó, diciéndole:

—Hola, Claire. ... Ya pensaba que no vendrías.

—He tenido algunos invitados—le respondió ella—. ¿Llevas tú la banca?

—No—respondió él colocando un montón de fichas nuevamente.

Claire, al verle jugar de aquella forma, le llamó la atención, diciéndole:

—Creo que juegas demasiado fuerte.

Sir Hubert hizo un gesto de despreocupación y le preguntó:

—¿Por qué no llevas puestas mis orquídeas? ¿No te han gustado?

—Son preciosas—le dijo ella—. Pero no hacen juego con el vestido.

El croupier volvió a tirar la baraja y otra vez la fortuna favoreció a Sir Hubert.

—Veo que esta noche estás de suerte—le dijo su amiga.

—Lo que hace falta es que siga—respondió riendo Sir Hubert, mientras que el croupier preparaba otra baraja y se sentaba un nuevo jugador, para enfrentarse contra Sir Hubert.

Este ni se dió cuenta del cambio, puesto que le había llamado una dama y Sir Hubert se levantó para saludarla. Estaba seguro de que la conocía, pero en aquel instante le hubiera sido difícil decir quién era. No obstante lanzó un nombre al azar para ver si acertaba, y le dijo:

—Hola, Mona.

—Slade, querido. ¿Ya no me recuerdas?

—Sí, desde luego—respondió él, no muy seguro—. Creo que llegaría a olvidarme hasta de mi nombre.

—Olvida lo que quieras, querido, menos eso—le dijo ella riendo.

El croupier le llamaba para que siguiera jugando y Sir Hubert se excusó con la dama, diciéndole:

—Tienes que excusarme un momento. Vuelvo en seguida.

Volvió nuevamente a jugar y nuevamente la suerte le fué propicia. Miss Slade, que le vela ganar de aquella forma, le preguntó insinuante:

—¿Te diviertes esta noche?

—Sí, gracias, ya lo creo.

—Lo celebro, porque necesito hablarte de algo importante.

Miss Slade, al ver su suerte, pensó que aquella era la mejor ocasión para hablarle del asunto de su marido y para que él accediese a entregarle algún dinero.

—¿Algo agradable?—le preguntó Sir Hubert.

—No, querido; más bien algo desastroso.

—Pues entonces, dímelo en otro momento.

—¿Podríamos vernos mañana?

—No sé; creo que he de jugar al golf.

—Dile que te excuse. Se hará en su cargo y será razonable—le dijo miss Slade, creyendo que se trataba de una mujer con la que tenía que jugar.

—Mejor es que te llame el viernes—le propuso Sir Hubert, desearando terminar cuanto antes aquella conversación con una individuo que no le interesaba.

—Será demasiado tarde—insistió miss Slade—. El viernes ya estaré de vuelta a Inglaterra.

Volvió nuevamente a jugar y Claire quiso persuadirlo para que no jugara más, diciéndole:

—Lo perderás todo. No juegues. No seas estúpido. ¿No ves que te ha cambiado la suerte esa mujer?

—¿Por qué?... Tonterías...

Pero fuese así o no, lo cierto es que en un par de jugadas Sir Hubert se quedó sin una libra. Claire, al verlo perder hasta el último céntimo, le dijo:

—¿Ves, querido? Has tirado una fortuna.

—Si no hubieses hablado, estoy seguro de que no habría perdido. Pero no hay que apurarse. Regresaré unos días antes a Inglaterra.

Y con la misma despreocupación de siempre, encendió un cigarrillo y, acompañado de Claire, salió al jardín a fumar tranquilamente.



—¿Qué piensas hacer sobre este asunto?

—Ustedes tienen la culpa de que a mí me guste lo mejor.



— Mi querida niña, desde
Cannes lo veremos todo con
más optimismo.



— Mira lo que te traigo.
rosas.



—Le pido únicamente
que sea humanitario.



—Ya veo que irás con el
a Cannes.



—Has tirado una fortuna.



—¿En qué estabas pensando?



—Creo que su marido
hizo un mal negocio caán-
dose con Ud.



Estrajeron del lago el ca-
dáver de Iurta.



—¿Quieres tener la amabilidad de volver mañana?



—Mis acreedores me dieron un plazo.



Mientras esperaban la llegada de Mike, leían la prensa del día.



—No puedo dar otra respuesta porque es la verdadera.



—¡Por fin estás aquí!



—¡Agradezco mucho
vuestros vítores!

EL REGRESO AL HOGAR

En ausencia de su esposo, Meg se veía complicada en todos los asuntos que él había dejado por resolver. Después de meditarlo mucho tiempo comprendió que lo más importante de todo era obtener dinero y hacer callar a todos los acreedores. Sabía que su marido jamás reuniría el dinero suficiente para ello y que tampoco se sometería a hacer economías con el fin de poder saldar sus deudas pasado algún tiempo. Sir Hubert era un hombre para quien el dinero carecía de valor. Jamás había estado acostumbrado a contarlo y lo entregaba cuando lo tenía con la misma despreocupación que tomaba las cosas a crédito cuando no tenía dinero para pagarlas.

Dispuesta a terminar de una vez

con aquella difícil situación, creyó que lo más oportuno era vender la finca y el palacio y con ello pagar a todo el mundo, irse a vivir a una casa más modesta, pero con más tranquilidad que hasta entonces.

Decidido a ello, hizo insertar unos anuncios poniendo en venta la finca, y dos días después, miss Slade, que había llegado a Londres, se presentó en el palacio diciéndole a la doncella que salió a recibirla:

—Tengo entendido que este palacio está en venta. Traigo un permiso para verlo.

—Sí, señora—respondió la doncella—. Avisaré a la señora.

Poco después se presentó Meg, y al ver a la presunta compradora, se disculpó por su tardanza en recibirla, diciéndole:

—Perdone que la haya hecho esperar.

—Nada de eso—respondió miss Slade.

—¿Cuál es su nombre?—preguntó Meg.

—Miss Slade.

Meg empezó a enseñarle la finca, y le dijo:

—Hace trescientos años que pertenece a la familia.

—¿De veras? —preguntó, afectando un gran interés— ¡Lástima que tenga usted que venderla!... ¿Por qué lo hace?

—Porque es demasiado grande para dos personas.

—A su esposo, le afectará mucho el tener que deshacerse de todo esto.

—Es probable que reciba una fuerte impresión—le dijo Meg algo extrañada— El adora este palacio.

—Pero también adora otras muchas cosas, ¿no es cierto?—le preguntó intencionadamente miss Slade.

—¿Conoce usted a Sir Hubert?—preguntó Meg, poniéndose un poco en guardia al ver el tono irónico con que la hablaba aquella desconocida.

—Sí, por su reputación—respondió miss Slade.

Habían entrado en una nueva habitación y Meg se la explicó, diciéndole:

—Esta habitación está orientada al norte y tiene cuarto de baño.

Miss Slade se acercó a la ventana y de pronto exclamó, como si sintiera una gran pena:

—¡Oh, qué lástima! Han podado la magnolia, con lo bonita que estaba cuando la bañaba la luz del sol.

Heg se la quedó mirando extrañada. Comprendía que a aquella mujer le guiaba otra intención muy diferente que la de comprar el palacio. Mas no obstante se contuvo y lo único que hizo fue preguntarle:

—¿Ha estado en esta casa alguna otra vez?

—Sí, pero Hubert no quiso acceder nunca a dejarme vivir aquí.

Meg ya no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Quiere usted decirme con qué propósito ha venido aquí?

Miss Slade sonrió irónicamente y le respondió:

—Tenía curiosidad por conocer a usted.

—Pues supongo que ya estará satisfecha.

—¡Oh, por favor!—siguió diciéndole miss Slade—. No sea usted tan arisca. Las dos estamos en el mismo barco, y por lo que he visto en Cannes, las dos somos dos marineros olvidados por su capitán.

Meg se la quedó mirando agresivamente. Comprendía la maldad de

aquella mujer que venia a su propia casa para prender la discordia entre su marido y ella y le respondió a su vez:

—Ahora comprendo por qué no duró mucho tiempo su travesía.

—Sí, pero es el caso que el asunto se ha complicado ahora. Mi esposo se muestra intransigente. Quiere divorciarse de mí y citar a Hubert como cómplice mío. Usted y yo ocuparemos un lugar preferente en los periódicos.

—Por lo que veo, ¿su marido está dispuesto a dar un escándalo?

—No lo haría si yo pudiese pagar su silencio. ¡El es tan diferente de Hubert! Conoce a fondo el valor del dinero.

Meg quería dar por terminada aquella entrevista que tan molesta le era, e indicándole la puerta le dijo en forma de despedida:

—Creo que su marido hizo un mal negocio al casarse con usted.

Miss Slade no se atrevió a seguir la discusión. Ante la actitud de Meg se dirigió a la puerta y se fué de allí convencida de que por aquel procedimiento tampoco podría obtener el dinero que deseaba y que estaba dispuesta a conseguir aun a costa de un escándalo.

Cuando quedó sola, llamó por teléfono a Mike. Aquello era lo último que podía esperar de Hubert.

Pasaba por sus despilfarros, por su manera de ser tan inconsciente, pero por lo que no podía pasar era por que estuviera engañándola en Cannes con otra mujer y que además tuviera aquel lío con aquella individuo que de forma tan grosera había venido a su misma casa a ofenderla.

Cuando consiguió hablar con Mike, le dijo:

—Oye, Mike; una vez me dijiste que si cambiaba de parecer y quería que me ayudases que te llamara... Pues bien, he cambiado de parecer. Te espero ahora mismo.

Cumplió el abogado su promesa y al cabo de media hora, lo preciso para trasladarse de su casa a la de Meg, fué lo que tardó en estar junto a ella.

La esposa de Sir Hubert le contó toda la entrevista que había tenido con miss Slade, y terminó diciéndole:

—Esto último no puedo perdonárselo. Hubert ha terminado para mí y para siempre.

Mike, a pesar del amor que sentía por ella, era un caballero en toda la extensión de la palabra. No quería aprovecharse de aquel momento de debilidad de Meg e intentó quitarle importancia al asunto, diciéndole:

—Escucha, Meg, yo estaba enterado de esto desde hace tiempo y se lo advertí a Hubert. De ahí mi interés por que no fuera a Cannes.

—¿Y cómo podremos pagar a Slade su silencio?—preguntó desesperada ella.

—De ningún modo—exclamó él.

—Es que, a pesar de todo, no quiero ver a Hubert envuelto en un proceso de divorcio.

—Pues tendrás que verlo, Meg—le respondió el abogado—. Lo único que no puedes hacer es jugar con las leyes del país a tu libre albedrío.

Meg se le quedó mirando extrañada. Ella esperaba que él le diera alguna solución, y al ver que no era así, exclamó de mal humor:

—Hablas como lo haría un lord en funciones de juez. Hay que hacer algo... ¿No lo crees así?

—No se puede hacer nada—respondió Mike.

Meg, como no sabía nada de leyes, creyó que su amigo le decía aquello solamente por llevarle la contraria, y le dijo:

—Cuidado que eres terco... ¿Qué podría yo hacer?

Mike comprendía el sufrimiento de la pobre joven y, compadecido de ella, le dijo cariñosamente:

—Pero, ¿por qué has de sufrir tú las consecuencias? Te has sacrificado y hecho pedazos tu corazón

por cubrir los enredos de Hubert, mientras que él sólo piensa en divertirse... Sabes perfectamente que lo hace y lo seguirá haciendo mientras viva. Te aseguro que es un caso perdido.

—Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con el asunto de miss Slade?—preguntó irritada.

—Más de lo que crees—le dijo el abogado—. Deja que arrastre ahora las consecuencias y cuando el asunto está fallado, podrás divorciarte y recuperar tu libertad.

Meg le miró un poco enfadada. Le molestaba aquel tono de abogado con que le hablaba y le dijo:

—Te advierto, que no estás hablando con una de tus muchas clientes.

—Ya lo sé—volvió a decirle Mike—. Pero te advierto que me estoy expresando con sentido común. Nunca debe uno engañarse a sí mismo. Debes decidirte, Meg. Los años que has pasado al lado de Hubert han sido los más infelices de tu vida y mientras sigas como hasta ahora no lograrás la felicidad. Ten en cuenta que en este mundo estamos de paso nada más y que tu vida es un martirio... Es inconcebible que sigas con él...

Meg le atajó, antes de que siguiera hablándole de aquel modo, y le dijo:

—Si sigues hablando de ese modo, voy a creer que Iusta tenía razón.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Pues sencillamente, que estás enamorado de mí y que como tal me aconsejas.

Si hubiese sido otra persona la que le hubiera hablado de aquella forma, seguramente que Mike se habría marchado dejándola con la palabra en los labios, pero se trataba de Meg, y le respondió únicamente:

—No me creas tan insensato. Yo no puedo amar a una mujer que lucha por un hombre que no hace más que pisotearla y burlarse de ella.

—¿Y por esta causa no quieres ayudar al mejor de tus amigos?—le preguntó Meg.

—Lo único que te digo es que si quieres seguir así, tú sabrás lo que haces.

Y sin despedirse siquiera, salió al jardín, dispuesto a marcharse. De pronto sintió de nuevo cierto remordimiento por la forma en que la había dejado y volvió adonde estaba ella, que le dijo sonriéndole:

—Creí que te habías ido.

—Sí, me fui—confesó Mike—, pero he vuelto para decirte que siento haberme portado como lo he hecho. Además he vuelto para de-

cirte una cosa, por si puede interesarte, y ahora sí que me voy.

—¿Qué es?—preguntó Meg.

—Que quiera que sepas que no carecía de razón el idiota de tu hermano.

Meg sonrió comprensiva, y acordándose a él le confesó:

—Mike, quizá te interese saber que yo no lo ignoraba. Lo mismo que tú, siento haberme dejado llevar por los nervios. Ya sé que todo cuanto has dicho acerca de Hubert es verdad. Es inútil tratar de engañarse... Mike, ¿cuánto tiempo hace que estás enamorado de mí?

—Hace años—le confesó él.

—Pues te voy a confesar otra cosa—le dijo ella— Yo también te quiero... Supongo que lo habrías adivinado ya.

Brillaron los ojos de Mike, que creyó haber conseguido la gloria con aquella declaración, y respondió emocionado:

—¡Oh, no, Meg! Nunca fui un gran psicólogo fuera de la sala de justicia.

—¿Y que crees tú que debemos hacer?—le preguntó ella.

La voz de Iusta, que llegaba en aquel momento y que hablaba a gritos con Denis, hizo callar a los dos amigos, y segundos después se presentó Iusta, que al ver a Mike allí con su hermana, no pudo menos de

mostrar un gesto de disgusto que no pasó desapercibido para Meg, que le dijo:

—Lusta, ¿por qué no me has telefonado diciéndome que venías?

—¿Por qué había de hacerlo?— preguntó con intención Lusta.

—Para darle tiempo a marcharse a Mike. Ya sé que sois muy buenos amigos—le dijo intencionadamente.

—No esperaba que estuviese usted aquí—le dijo a Mike.

—¿Por qué?—preguntó el abogado sin inmutarse—. Es extraordinario que a mis años no pueda andar solo por donde me agrade.

Lusta se dirigió a su hermana y le reprochó su actitud diciéndole:

—¿No te parece algo incorrecto e indiscreto que se dedique a entretenerse en ausencia de tu esposo?

Heg le miró indignada. Comprendía lo que su hermano sospechaba y le contestó:

—Tú sólo puedes pensar mal de todo el mundo. Pero, ¿quieres decirme a qué has venido?

—He venido, porque me he enterado que vendes esta propiedad.

—¿Tampoco te parece bien?—le preguntó irónicamente.

—Puedes hacer lo que mejor te parezca con ella, pero creo que antes debías habérmela ofrecido a mí.

—Por eso no te molestes. Aun puedes comprarla. Todavía está en

manos de los agentes que se encargan de su venta.

—Pero no tendrás la pretensión de que pague el precio que pides.

—¿Por qué no?—preguntó Meg, que sabía adónde iba ya su hermano.

Lusta movió varias veces la cabeza, síntoma que denotaba en él que no estaba seguro de lo que decía, y al fin se atrevió a responder:

—Yo creo que para algo somos hermanos.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?—intervino Mike, que sabía lo ruin que era aquel individuo y cuánta era su ambición.

—Usted no es quién para meterse en mis asuntos—le dijo agríamente Lusta.

Pero Mike, sin hacer caso de aquella objeción, siguió diciéndole:

—Usted es un hombre rico, ¿verdad? ¿Y es a usted acaso a quien debe su fortuna?

—No—exclamó Lusta—. ¿Qué quiere decir?

—Pues que su hermana se encuentra ahora casi en la miseria y usted nunca ha hecho nada por ayudarla.

Sin saberlo, el abogado le tocó en lo más sensible que había en Lusta: el dinero, y ante el temor de que le fuera a pedir algo para Meg, le respondió:

—Usted no tiene por qué hablarme a mí en ese tono.

—Comprendo—le dijo Mike—. Ya sé a lo que ha venido usted. Ha venido a comprar esta finca en menos de lo que vale, sólo porque es usted su hermano... Qué corazón tan generoso el suyo, ¿verdad?

Iusta se caló el sombrero indignado por lo que le decía, y exclamó:

—No voy a quedarme aquí para que me insulten.

—¿No?—le preguntó Mike, que había ido perdiendo la calma a medida que hablaba con Iusta—. Pues dígame usted dónde quiere que le insulte.

Iusta se marchó como alma que lleva el diablo y no pudo oír a su hermana, que exclamaba indignada:

—¡Le retorcería el pescuezo!

Cuando salió fuera de la casa, donde había dejado su coche, se vió sorprendido al ver a un hombre sentado en el estribo. Era precisamente Tommy, quien después de haber dado fin a las quince libras que le había entregado Hubert, venía a saludarle y a ver si podía conseguir algún dinero más.

Al verlo allí se encaró con él. Después de lo que le había pasado con su hermana y el abogado, no le faltaba otra cosa que ver a un desconocido sentado en su coche.

—Oiga—le preguntó—, ¿qué está usted haciendo aquí?

Tommy se encogió de hombros y respondió:

—No hago nada, comandante. Créa que este coche tal vez pertenecía a mi buen amigo Sir Hubert.

—Sir Hubert está ausente de Londres.

—Ausente, ¿eh?—exclamó Tommy, que no comprendía por qué aquel hombre le hablaba en aquel tono—. ¡Qué mala suerte la mía! Tenía que haberse ido cuando más falta me hacía.

Se quedó mirando a Iusta, y le dijo, al fin:

—No sé, pero tengo idea de haberle visto a usted en alguna otra parte. ¡Ya sé!, en Kompton, ¿no es eso?... Si, eso es, en las últimas carreras le he visto.

—Yo no frecuento las carreras—respondió Iusta—, ni tampoco soy ese comandante que usted cree.

—Entonces apuesto a que es usted una persona generosa. Estoy seguro de que no es usted de los que ven a un pobre diablo tosiendo y al borde de la tumba sin socorrerle de algún modo... ¿verdad que no?

Iusta comprendió que lo que aquel individuo quería era una ayuda económica, y ante ello le respondió despectivamente:

—¡Salga usted inmediatamente de aquí! La mendicidad es la más criminal de las ofensas. ¡Márchese de aquí o le haré dormir en la cárcel!

Con el mismo aire despectivo con que le miraba Iusta, lo miró también Tommy y le dijo:

—¿Y usted se titula caballero? Usted es un guarro. Usted no sabe lo que es tener corazón.

Iusta estaba a punto de llamar a un criado para que echasen a aquel hombre, pero afortunadamente para Tommy, la casualidad vino en su ayuda en aquel instante.

Como por obra de magia se presentó Hubert. Había llegado aquel mismo día a Londres y lo primero que hizo fué ir a su casa. Ardía en deseos de estrechar en sus brazos a Meg y le sorprendió que al llegar a su casa lo primero que se encontraba fuera con su cuñado a la puerta.

Al ver la discusión que tenía con Iusta salió en defensa de Tommy, diciéndole a su cuñado:

—No te exaltes, querido.

—Hubert—exclamó aquél al verlo—. ¿Cuándo has llegado?

—Todavía no he llegado del todo, puesto que ves que aun no he entrado en mi casa.

—Pues te conviene entrar cuanto antes—le dijo Iusta, pensando que sorprendería a Meg con el abo-

gado y que de esa forma se vengaría de las ofensas que le acababa de hacer.

Tommy se acercó a Hubert, y saludándole le dijo:

—Me hablan dicho que no estaba usted en Londres.

Sir Hubert reconoció a aquel pobre diablo y, riéndose, le entregó un par de libras, diciéndole:

—Te entrego todo el capital que llevo ahora.

—Ya es bastante. Aunque no me diese nada me alegraría por haberlo visto. Hay personas que con sólo dejarse ver, es ya una limosna.

Sir Hubert se dirigió nuevamente a su cuñado y le preguntó:

—¿No quieres entrar?

—No, gracias — respondió Iusta—. Me marcho. Hay cosas que es mejor no verlas.

No comprendía Sir Hubert por qué le decía su cuñado aquello, y entró en su casa, donde estaban todavía Mike y Meg hablando de la situación en que se encontraba la pobre muchacha.

Meg estaba segura de que el abogado la amaba sinceramente. Ella, tal vez por la situación en que se encontraba o porque en verdad lo creyese, se sentía también inclinada hacia él, y le preguntó:

—Mike, lo que me dijiste antes, ¿serías capaz de sostenerlo?

Pero antes de que Mike pudiese contestarle, apareció Hubert, que corrió hacia su mujer, diciéndole al mismo tiempo que la estrechaba en sus brazos:

—Meg querida... Cuánto te he echado de menos. Toma, mira lo que te he comprado, lo que sé que tanto te gusta...

Le entregó un ramo de rosas, y al ver a Mike exclamó entusiasmado:

—¡Esto es espléndido!... También tú estás aquí...

Mike devolvió el abrazo que le ofreció Sir Hubert y éste continuó diciéndoles:

—He traído a alguien conmigo. Le hallé a la entrada. No sabéis el trabajo que me ha costado persuadirle, pero al fin le he convencido para que se quede aquí esta noche. Os he traído a Iusta. Yo sabía que os encantaría a los dos el tenerle aquí como invitado. No quería venir, pero al fin se decidió... Supongo que estaréis contentos...

De sobras sabía Sir Hubert que a ninguno de los dos le agradaba la estancia de Iusta en la finca, pero como pensaba lograr de su cuñado alguna cantidad de dinero, supuso que lo mejor era tratarle cariñosamente para ver si se hacía el milagro de que Iusta soltase algunas libras.

Mike, que adivinó la ironía de su amigo, le preguntó:

—Oye, ¿por qué has dicho a Iusta que se quede?

—No lo sé—respondió Sir Hubert, queriendo ocultar la verdadera razón por la cual había invitado a su cuñado.

Pero el abogado, que conocía la antipatía que también Sir Hubert le profesaba, adivinó en seguida sus intenciones y le dijo:

—Si lo has hecho con la idea de darle otro sablazo, no abrigues la menor esperanza.

—Esa es la impresión que me ha causado—le respondió Sir Hubert.

Le cogió del brazo y se lo llevó hacia el jardín, con el fin de que su esposa no pudiera oír la conversación que pensaba sostener con el abogado.

Mike, al verle alejarse de Meg, en seguida comprendió que quería decirle algo reservado, y no opuso resistencia para seguirle. Mientras pasaban por el jardín, el abogado iba pensando qué nueva locura habría cometido aquel hombre en Cannes. De lo que no había duda es de que había hecho alguna de las suyas y ahora quería pedirle consejo.

Y en efecto, así fue. Apenas se separaron de Meg y estuvieron en lugar donde Sir Hubert comprendió que nadie podía oírlos, le preguntó:

—Tengo que consultarte un asunto judicial.

—¿Qué es ello?—inquirió el abogado con cierto temor.

—Escucha; suponiendo que alguien extendiese un cheque falso... digamos en un hotel o en un casino, ¿qué es lo que podría pasarte?

Bastó aquella pregunta para que Mike se diese cuenta de lo que había hecho su amigo, pero afectando ignorancia y dejándole a él que se explicase del todo, se limitó a decirle:

—Eso dependería de la suma.

—Entonces, si se tratase de una suma pequeña, ¿no le pasaría nada?

—No, porque no valdría la pena.

—Claro está—exclamó Sir Hubert, queriendo tranquilizarle a sí mismo—. A tu juicio, una suma pequeña, ¿cuánto es?

—Pues diez o veinte libras—le dijo el abogado.

—Esa suma es ridícula. ¿Cómo quieres que nadie extienda un cheque falso por esa cantidad? Aunque se tratase de una suma mayor, no creo que tampoco ocurriese nada... ¿No te parece?

—Ya te he dicho que se trata de la suma... ¿A cuánto asciende, más o menos?

—Suponte que fuese un cheque de mil libras... ¿Qué podrían hacer?

—Pues si se tratara de una estafa premeditada, podrían solicitar una orden de extradición y enviar a alguien a detenerle.

—¿Qué pesimista eres, Mike—replicó Sir Hubert, que no quería creer lo que su amigo le decía.

—¿Y por esta causa has venido huyendo de Cannes?

Sir Hubert no quiso confesar su falta y respondió, afectando una gran indignación:

—¿Yo? ¿Pero de qué me estás hablando?

—De lo que tú me preguntas—respondió Mike, quien, mirándole fijamente, le dijo al fin, sin poderse contener—: Verdaderamente, deberías estar en la cárcel.

Sir Hubert se echó a reír. No quiso demostrarle que él era el que había falsificado el cheque, y le dijo bromeando:

—Durante mi ausencia te has vuelto cascarrabias.

Vió llegar al criado que se dirigía hacia ellos y cambió de conversación para que no pudiera saber nada. Denis se acercó a su amo y le dijo:

—Señor, ahí hay dos señores que insisten en hablar con usted personalmente. Les he hecho pasar al salón.

Sir Hubert, por primera vez en su vida, sintió que se le helaba la san-

gre en las venas. Se acordó de lo que le había dicho su amigo de la extradición y tuvo el convencimiento de que aquellos dos hombres eran dos policías que venían a detenerle.

Entró al salón donde estaban esperándole, y uno de los visitantes le preguntó al verle:

—¿Sir Hubert?

—Soy yo. ¿diga?—preguntó temerosamente.

—Somos del distrito de Gilberri. Ya no le cupo duda a Sir Hubert del motivo por el cual venían aquellos dos policías a visitarle: No obstante no quiso ser él quien dijera nada y esperó a que los policías justificasen su visita. Uno de ellos, al fin le dijo:

—Se nos ha dado la orden de que le entreguemos esto—y le extendió un papel que Sir Hubert cogió con el temor de que fuera una orden de detención.

—¿Y qué es esto?—preguntó sin atreverse a leer.

—Es una orden de citación para un divorcio.

Fue tal la alegría que experimentó Sir Hubert al ver que no se trataba de lo que él temía, que abrazó a los dos policías, diciéndoles:

—Mis queridísimos amigos, creí que se trataba de una cosa urgente. ¿Quieren quedarse a cenar?

—Muchas gracias—respondieron los policías, extrañados de tanta amabilidad—. Usted lo pase bien.

Salieron ellos y Sir Hubert se volvió hacia Mike, que había presenciado la escena, y le dijo:

—Entre unas cosas y otras estoy metido en un buen lío, ¿no te parece?

—Claro que sí—le dijo el abogado—. ¿Cómo piensas resolverlo?

—Pagando, no hay más remedio—le dijo Sir Hubert.

—¿Y con qué pagarás?—le preguntó Mike.

Aquello no se lo había preguntado sir Hubert. Ahora comprendía que su amigo tenía razón. Para pagar hacía falta dinero y de eso era precisamente de lo que más necesitaba él.

Mike no quiso seguir más tiempo sin decirle a Meg todo lo que ocurría y dejó a su amigo solo.

Llevaba cerca de diez minutos cerca del lago pensando de qué forma podría salvarse de la difícil situación en que se encontraba, cuando se le acercó una señora, que le dijo:

—¡Oh, por fin le encuentro! Soy miss Pinto.

—Mucho gusto—respondió Sir Hubert, sin poder sospechar la causa de que le buscara aquella seño-

ra— ¿Qué es lo que me decía usted?

—Sólo he dicho «por fin lo encuentro». He preguntado si podía usted recibirme, pero se ve que no le han dado a usted el recado.

—No, no me lo han dado—respondió Sir Hubert, que aun seguía con el pensamiento puesto en la idea del conflicto en que se veía metido.

—Por algo dicen que tarde o temprano por fin todo llega; y por fin he podido encontrarle.

—Lo que demuestra lo pequeño que es el mundo—respondió Sir Hubert volviendo a su tono irónico de siempre.

—Voy a comprársela... Ya me he decidido—le dijo miss Pinto.

Sir Hubert, que no sabía nada de que la finca estuviese en venta y menos aún de que aquella señora fuese una posible compradora, se la quedó mirando y al fin le dijo:

—Perdone que no la comprenda bien.

—No hace falta—dijo miss Pinto— Poseo un extraño instinto para estas cosas y cuando me decido no hay nada que me detenga... Claro que pienso cortar estos árboles.

Sir Hubert se la quedó mirando, sin saber si estaba tratando con una loca, pero por respeto a su sexo se contentó con decirle:

—Pues piénselo, y cuando se decida: procure recabar mi permiso.

—¿Su permiso? ... ¿Para qué?

—Sencillamente, porque mi abuelo plantó esos árboles.

—¿Qué interesante!... Ya comprendo... Seguramente usted no es quien yo buscaba, sino uno de los agentes de venta.

—Mire, señora—le dijo Sir Hubert, cansado ya de aguantarla—, le diré únicamente que la finca no está en venta.

—Está usted equivocado—insistió la buena señora—. Yo sé lo que me digo. La finca está en venta, y yo he decidido comprarla... Tengo incluso un permiso para verla.

—Pues tenga usted la seguridad de que se ha equivocado de dirección. Por eso no se preocupe. A mí también me ha sucedido eso muchas veces.

—Entonces, ¿quiere usted decirme que no puedo ver la casa?—preguntó desconcertada la señora—. Creo que lo más natural es que la vea antes de decidirme a firmar los documentos.

Sir Hubert empezaba a comprender que algo de verdad había en lo que aquella señora le decía. Sospechó que su mujer durante su ausencia hubiese puesto la finca en venta y para averiguar la verdad de

cuanto pasaba, quiso ganar tiempo y le dijo:

—Señora, lo siento muchísimo, pero hoy no podrá usted ver nada... ¿Quiere tener la amabilidad de volver mañana?

—¡Oh, claro que sí, hijo mío!— respondió miss Pinto—. Ya comprendo lo que le pasa a usted en este momento. Realmente es una lástima que yo le quite a usted una casa tan linda como esta. Bien, me marcho... No se aflija y sea optimista... No olvide que los nubarrones...

—Sí, ya lo sé—le interrumpió Sir Hubert—, los nubarrones son pasajeros.

—¿Como se ha imaginado lo que iba a decirle?—preguntó extrañada.

—Es lo natural en estos casos, pero confiaba en que no me lo dijera y he querido ser yo quien lo diga.

Por fin consiguió deshacerse de ella y miss Pinto salió de la finca con el firme propósito de volver al día siguiente, antes de que ningún otro comprador pudiera quitarle la ocasión de adquirir aquella finca.

UNA CONFESION SINCERA

LA idea que tenía de desprenderse de aquella casa en la que tantas generaciones suyas habían vivido, fué un golpe tan terrible para Sir Hubert, que por primera vez en su vida sintió todo el peso de la responsabilidad que había adquirido con su forma de ser. Y no era solamente por esto por lo que sentía aquella inmensa pena, era también por Meg. ¿Cómo haría vivir fuera de allí, en un ambiente que no era el suyo?

Contrariado por todas estas ideas, durante la cena apenas si habló palabra. Todos quedaron un tanto sorprendidos de aquella actitud, y cuando la comida se dió por terminada, Sir Hubert, sin decir nada, se fué a la amplia terraza del palacio,

y allí, a solas, se puso a meditar sobre su situación.

Mike entró poco después al saloncito de té y al ver a Meg sola le preguntó extrañado:

—¿Cómo te has arreglado para deshacerte de Iusta?

—Le dije todo lo que pensaba de él... Y ahora ha salido de paseo... Sin duda irá a meditar todo lo que piensa de mí.

—El paseo le hará bien—le dijo Mike—. Creo que durante la cena bebió demasiado.

—Al despedirse me dijo que te diera las buenas noches. Piensa acostarse en seguida.

—¿Qué extraño!—respondió sonriendo Mike—. Casi se está volviendo educado.

Quedaron los dos jóvenes solos, y Mike estrechó las manos de Meg, diciéndole:

—¿Qué has pensado de lo nuestro?... ¿Supongo que estarás decidida a tomar una determinación?

—Sí, lo estoy. Esto no puede continuar así. Después de lo que me has dicho que ha hecho Hubert, lo mejor es que me decida de una vez y le hable francamente. Voy a decirle que nos amamos, a contarle toda la verdad.

—Haces bien—le aconsejó Mike—. Ninguna ocasión mejor que ésta. Le encontrarás solo en la terraza.

Salió Meg en busca de su esposo y quedó sorprendida al advertir en él una actitud de preocupación que jamás le había visto. Cortada por ello, le saludó diciéndole:

—Hola, Hubert.

—Hola, Meg—respondió él.

Meg se acercó a su marido, le puso las manos sobre los hombros y le preguntó extrañada:

—¿En qué estás pensando?

—Oh, no lo sé—respondió Sir Hubert, presa de una angustia indecible—. Pienso en que todo está en venta. ¿Por qué no me consultaste antes, Meg?

—Porque siempre que lo intenté te escapaste, para no hablar de ello.

Sir Hubert extendió la vista por todo lo que le rodeaba, y exclamó, dando un profundo suspiro:

—Mis antepasados vivieron aquí durante trescientos años. Al venderlo me siento culpable. Ya sé que no hay más remedio... Esta vez te aseguro que no me escaparé... Al fin vas a salirte con la tuya... Tú deseas que afronte los acontecimientos... Pues bien, lo haré... Volvire la página y comenzaré de nuevo el libro de mi vida...

Hablaba con tal deje de sufrimiento, que Meg le creyó esta vez sincero. Pero así y todo, aun le dijo, manteniéndose en ella un reflejo de duda:

—¿Cuántas veces no he escuchado estas mismas protestas de enmienda, Hubert?

—Esta vez lo digo en serio. ¿Dónde está Mike?

—Adentro—respondió Meg.

Meg sentía una gran compasión por aquel hombre que en el fondo no dejaba de ser más que un niño atolondrado acostumbrado a hacer siempre su antojo. En aquella situación en que se encontraba creía que era inhumano el decirle que le abandonaba a sus propios recursos, y decidió al fin no decirle nada. Calló ella mientras que su esposo, refiriéndose a Mike, seguía diciéndole:

—¡Pobre Mike! Quiere aparentar ser un hombre de hierro y es más sentimental que un niño. Habrá creído que querías estar a solas conmigo, y por eso no viene.

—Es que hacía tanto tiempo que no lo estábamos... —suspiró Meg, con la ilusión de poder recobrar nuevamente el cariño de su esposo.

—Demasiado tiempo—murmuró él—. Las separaciones son terribles.

—Tú fuiste quien las quiso—le amonestó ella.

—Ya lo sé, Meg—le respondió—. Yo no te recrimino nada, y ahora me daría de bofetadas. Yo soy como un coche con los neumáticos inservibles, cuando no estás a mi lado.

—Pues nadie lo diría, al ver lo que haces—le dijo ella.

—Quizá—se expresó él con el mismo deje de amargura—. Pero un día u otro tenía que decírtelo. Meg, escucha bien; tú eres buena y eres comprensiva; yo, en cambio, soy malo, pero lo más curioso de todo es que en mi corazón jamás hubo lugar para otra mujer que no fueras tú. Tú bien lo sabes. Quizá me haya divertido gustando otras mieles, pero mi corazón sabe apreciar lo bueno y olvidar lo malo... Yo siempre he confiado en ti, Meg, y ahora más que nunca.

Meg le oía cada vez más extraña-da. Nunca le había hablado Hubert

de aquella manera. Y sin embargo, comprendía que tenía razón. Es cierto, quizá fuese verdad que él había tenido otras diversiones, pero también era verdad que ella estaba segura de que en el corazón de Hubert no había enfrado más cariño que el de ella. Sin fuerzas para contestarle le dejó que siguiese hablando, y Hubert continuó:

—Para mí será un disgusto horrible tener que abandonar todo esto, pero por suerte me queda un consuelo, el único de mi vida, sin el cual no podría vivir; aun te tengo a ti... pero no habiemos de todas estas cosas... Vamos a beber unas copas... Me estoy volviendo tan sentimental como mis antepasados.

Desde donde estaba, Mike llamó a su amigo y le preguntó:

—¿Subes, Hubert?

Hubert, que se encontraba afectado y no quería que nadie que no fuese Meg pudiera verle en aquella situación, le respondió:

—Dentro de un momento.

Y dirigiéndose a su mujer, le dijo:

—Ves tú a darle las buenas noches.

Se fué Meg adonde estaba Mike, quien, al verla, le dijo:

—¿Vas a acostarte?

—Sí.

—¿No se te habrá olvidado darle las buenas noches a tusta?

Ella sonrió sin ganas. La conversación con su marido le había emocionado sobremanera, y Mike le preguntó de nuevo:

—¿Qué le has dicho?

—Mike, no puede ser... Yo no puedo abandonar a Hubert... Ya sé que su carácter no tiene remedio, pero precisamente por eso no puedo abandonarle.

—¿Te ha convencido?—preguntó Mike.

—No es eso. Es que son tantos los que están en contra suya... Ahora no me es posible abandonarle... Me falta el valor.

Mike sonrió, creyendo comprender lo que había pasado entre los dos esposos, y le dijo:

—Unavez más ha pronunciado las palabras mágicas que han desvanecido todas tus decisiones. ¿no es cierto?

—Sí—le confesó ella—. Y acuérdate que en cierta ocasión me dijiste que era eso lo que más te gustaba de mí.

—Sí, ya lo sé... Lo que no comprendo es lo que ha podido decirte para hacerte cambiar de idea tan pronto. Indudablemente tiene sobre ti algún poder mágico.

—No ha sido por lo que me he dicho—le confesó ella—. Al casarme hice un pacto que no puedo quebrantar... ¿Tú no lo comprendes?

—Sí, lo comprendo—respondió con resignación Mike—, pero te advierto que pactaste con un hombre de paja.

—Pues eso es precisamente lo que me obliga a no abandonarle.

En aquel momento llegó Sir Hubert. Por su imaginación pasó la duda de lo que su cuñado le había dicho cuando se fué a Cannes. Al ver a Meg y a Mike juntos, sintió una ráfaga de celos, pero pronto quedó disipada, y estrechándolos a los dos, exclamó suspirando:

—¡Oh, qué bien se siente uno cuando está entre sus mejores amigos!...

—Buenas noches—respondió Mike, sin atreverse a responderle y sintiéndose en parte culpable.

Y mientras él se alejaba hacia la habitación que le había sido reservada para aquella noche, los dos esposos, muy unidos, como si fuera aquel día el primero de su matrimonio, le vieron marchar, sin que en aquel instante la menor sombra de duda nublara la íntima felicidad que disfrutaban y que había nacido al conjuro de aquellas mágicas palabras que habían servido para que Sir Hubert hiciera a su mujer la confesión más sincera de toda su vida.

Como había dicho Meg, su her-

mano había salido aquella noche a dar un paseo por los jardines de la finca. Le gustaban aquellos parajes solitarios, y aprovechando la hermosa luna que hacía, se internó hasta donde estaba el lago. Subió al puen-

tecillo que allí había y se entretuvo tirando piedras al agua. De pronto sonó el silbido de una bala y el hermano de Meg se llevó la mano al corazón; quiso gritar pero no pudo y cayó pesadamente dentro del lago.

LA MUERTE DE IUSTA ID

A la mañana siguiente, la bondad del tiempo, que parecía primaveral, invitaba a estar en la amplia terraza del palacio. Por orden de Meg, los criados sirvieron el almuerzo allí, y los dos esposos, mientras esperaban la llegada de Mike, leían la prensa del día.

De pronto, Meg llamó la atención de su marido diciéndole:

—Hubert: Mona Patrich ha tenido un niño.

—Querrás decir un monito—respondió Hubert, que había vuelto a tener el mismo carácter bromista de siempre—. Las monas tienen siempre monitos.

Meg se echó a reír de la ocurrencia de su esposo, y le dijo:

—Le enviaré un telegrama felicitándola.

Siguieron leyendo cada uno lo que más le interesaba de la prensa, hasta que de pronto se vieron sorprendidos por la presencia de miss Pinto. Esta, siguiendo en la idea de adquirir la finca, se presentó muy de mañana antes que otro comprador pudiera cerrar trato. Al verla, sir Hubert la reconoció en seguida y la saludó amablemente diciéndole:

—Hola, miss Pinto.

Miss Pinto respondió al saludo, y luego les dijo, como si la finca fuera ya suya:

—Yo tomaré siempre el desayuno aquí fuera... He venido muy temprano, ¿verdad?

—Nada de eso—respondió Hubert, sin tener en cuenta que Mike

llegaba en aquel instante y se disponía a almorzar—. Estamos para atenderla. ¿Quiere que veamos antes los jardines?

—Como ustedes quieran—aceptó miss Pinto.

Se levantaron todos y Hubert le suplicó a su amigo:

—Mike, ¿quieres subir y sacar a lústa de la cama?

—No hay necesidad de que molesten a nadie por mí—indicó la compradora.

—Es preciso—le dijo Sir Hubert—. lústa, en pijama, no esté a tono con la belleza del resto de la casa.

Mike, sin terminar de almorzar, salió a cumplimentar el deseo de su amigo, mientras que los dos esposos acompañaban a miss Pinto para que pudiera ver los jardines, el bosque y cuanto había en el exterior de la finca.

Conforme iban explicándole la propiedad, miss Pinto iba entusiasmándose con ella, y les decía:

—Todo esto es bellissimo... Pero, ¿no creen ustedes que está algo apartada? ¿Tienen dificultades para el servicio?

—En absoluto, ¿verdad, querida?—le dijo Sir Hubert, preguntándole también a su esposa:

—Ninguna, señora—le contestó Meg—. Todos los criados están aquí

muy contentos y jamás hemos tenido queja ninguna de la distancia.

En aquel instante cruzó ante ellos el guardabosque. En su semblante se advertía cierta agitación interna, hasta el punto de que al cruzar ante sus dueños apenas si se dignó hacer una inclinación de cabeza en señal de saludo.

Sir Hubert y Meg achacaron esta actitud del guardabosque a que había sido despedido el día anterior, con vistas a empezar las economías que Meg intentaba hacer en todos los gastos.

Su gesto huraño y su actitud no impidieron que Sir Hubert intentase reconciliarse con él, por lo que le preguntó a modo de saludo:

—Hola, Jenson... ¿Cómo están los pájaros?

El guardabosque, sin cambiar su actitud, le preguntó a su vez, casi groseramente:

—¿Cómo es que hoy se le ocurre preguntarlo?

Sir Hubert no pudo contenerse y le preguntó, también:

—¿Qué le pasa a usted para contestar así?

Meg, para evitar que la compradora pudiese saber la verdadera causa, intentó llevársela y le dijo:

—Veniga usted conmigo, miss Pinto. Le quiero enseñar nuestra piscina.

—No parece estar usted muy contento—volvió a decir Sir Hubert al guardabosque, mientras se alejaban las dos mujeres.

—Tampoco lo estaría usted si lo hubiesen despedido.

—Ya comprendo—le dijo en tono amistoso Sir Hubert—; pero usted debe comprender las cosas. No hemos tenido más remedio que hacerlo.

—¿Y dónde voy a encontrar un empleo en esta época del año?

Mike, después de buscar vanamente por toda la casa a Iusta, sin encontrarlo, salió al jardín, y al encontrarse con Meg y miss Pinto, le dijo a la primera:

—Iusta no está en su habitación.

—¿De veras no está?—pregunto sin darle importancia—. Quizá se haya ido enfadado.

—Tendría gracia — le respondió Mike.

—¿Por qué?

—Porque se habría dejado toda su ropa. ¿Y Hubert?—preguntó.

—Se ha quedado hablando con Jenson—le dijo Meg.

Sir Hubert procuraba por todos los medios suavizar la conversación con el guardabosque, con el fin de que éste no se fuera de su casa disgustado, pero Jenson, cada vez más incorrecto, le decía:

—Si usted no hubiese malgastado el dinero, no tendría ahora que quitar el pan a gentes honradas.

—¡Basta ya!—exclamó Sir Hubert, terminada ya su paciencia y las contemplaciones.

—No, aun no—insistió en su actitud el guardabosque—; quiero decirle a usted unas cuantas verdades. Sólo por su afán de divertirse tiene usted que vender ahora todo esto.

Sir Hubert no quiso discutir más con él. Le dejó plantado y se dirigió camino del lago, que era hacia donde iban las dos mujeres, acompañadas de Mike.

Al llegar éstas al lago, miss Pinto, que era la que iba delante, se acercó a la orilla y vio flotando en la superficie un brazo humano. Intrigada y con el susto consiguiente, llamó a sus acompañantes, diciéndoles:

—¿Quieren ustedes tener la bondad de venir aquí un momento?... Miren lo que hay ahí.

Mike se acercó al lago, y al ver aquel brazo hizo apartarse a Meg, al mismo tiempo que se echaba al agua. Advirtió entonces que era un cuerpo humano el que estaba allí dentro, y gritó, para pedir ayuda:

—¡Hubert!... ¡Hubert!...

Este llegó adonde estaba su amigo. Al ver lo que estaba haciendo, corrió en su ayuda y poco después

extrajerón del lago el cadáver de Iusta.

—¡Iusta! —exclamó horrorizada Meg.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó Hubert, que no podía explicarse aquello.

Mike, que era el que parecía estar más sereno, le dijo a Meg:

—¡Llama a un médico!

Comenzó a hacerle la respiración artificial y le dijo a Hubert, que estaba como atontado:

—Ayúdame a hacerle respirar.

Insistieron varias veces en aquel ejercicio, hasta que Mike se dio por vencido, diciendo:

—Perdemos el tiempo... Está muerto. Debe hacer varias horas que ha fallecido.

—¡Pobre Iusta! —comentó con verdadera tristeza—. ¡Pobre muchacho!

Pasaron los días y la muerte de Iusta quedó sumida en el más profundo misterio. Pero la policía seguía trabajando, atando cabos para averiguar la verdadera causa de aquella muerte, que no se podía achacar a un asesinato.

Siguieron las instrucciones del testamento paterno. Meg heredó todo el capital de su hermano. Desde entonces se acabaron los apuros en el hogar de los Vare y una nueva vida comenzó para ellos.

Bastó aquello para que Sir Hubert olvidara todos sus buenos propósitos de economías. El capital de su suegro le permitía vivir nuevamente en la opulencia a que estaba acostumbrado y gastar de nuevo como siempre había hecho.

Esta coincidencia no dejó de llamar la atención de la policía. Era muy casual que precisamente Sir Hubert insistiera a su cuñado a que se quedase allí aquella noche y que a la mañana siguiente apareciera muerto. Pero como no había aún pruebas suficientes para poder formar un juicio exacto, Sir Hubert seguía viviendo tranquilamente y disfrutando de las rentas que aquel capital le dejaba.

En cuanto Meg se hizo cargo de la herencia de su hermano, reunió a todos los acreedores y sin que su marido interviniera en nada pagó todas sus deudas. Cuando Sir Hubert se enteró de aquel gesto de su esposa, le dijo:

—Acabo de ver a los abogados de mis acreedores y me han referido cuanto has hecho. Las buenas esposas deben pagar las deudas de sus maridos. No me explico cómo lo has hecho... El importe total era bastante crecido.

El criado entró para anunciar que la comida estaba servida, y mientras se dirigían al comedor, Sir Hubert,

Impresionado momentáneamente por el gesto de su esposa, le dijo:

—Meg, te doy mi palabra de que todo ha terminado. Se acabaron los enredos. De hoy en adelante tan sólo tú y yo. Claro que ahora que tenemos dinero es mucho más fácil la vida. Digan lo que quieran todo es fácil cuando abunda el dinero. El dinero de lústa... ¡Quién lo iba a decir!

Apenas habían empezado a comer, cuando se presentó Mike y le preguntó a Denis:

—¿Está en casa Sir Hubert?

—Sí, señor... Están comiendo los señores.

—Quiero hablarle a solas—le dijo Mike—. ¿Podrás enterarle sin decir quién le busca?

—Creo que sí, señor—respondió el criado.

—Pues ves, que yo espero aquí.

Al poco rato salió Sir Hubert, y al ver a su amigo, le saludó cariñosamente, diciéndole:

—¡Hola, tunante!

—Tengo que hablarte — le dijo Mike en cuanto le vió.

Sir Hubert, extrañado por el tono con que le hablaba, le volvió a decir:

—¿Por qué tanto misterio?

Mike miró a todas partes, y antes de decidirse a hablar, le dijo:

—Cierra la puerta. No quiero que Meg nos oiga.

Sir Hubert cumplió el deseo de su amigo, y cuando volvió adonde él estaba, inquirió:

—¿Acaso tienes que comunicarme algún secreto?

Mike no sabía cómo empezar. Se advertía que era de suma gravedad la noticia que tenía que dar a su amigo, porque empezó diciéndole:

—Hubert, ha habido una confusión terrible. Tienes que sobreponerte a todo.

—Ya me he sobrepuesto. Había —le dijo Sir Hubert, sin poder adivinar siquiera de qué se trataba.

—Acabo de hablar con el director de enjuiciamiento público.

—¿Y qué?—preguntó sin inmortalarse Sir Hubert, pensando que él no tenía que ver nada con aquel señor.— ¿Qué quieres decirme con eso?

—Hemos hablado de la muerte de lústa Id. Se sospecha de ti.

—Vamos, no seas idiota—exclamó riéndose Sir Hubert.— ¿Por qué han de sospechar de mí?

—Porque al morir lústa, toda su fortuna pasaba a manos de tu mujer. En aquellos días tú estabas en una situación muy apurada, hasta el punto de que ibas a vender tu casa. Después de su muerte todos tus acreedores han cobrado y...

—No sigas—le interrumpió Sir Hubert—. Veo que el asunto es más serio de lo que parecía.

—Todos sabemos que no tuviste que ver en ello.

—Ni yo ni nadie—exclamó Sir Hubert—. Bebió demasiado y al caer no pudo nadar para salvarse. No comprendo por qué la policía tenga que intervenir en ello.

—¿No recuerdas que Iusta fué herido antes de caer al agua?—le dijo el abogado.

Sir Hubert sintió aún más preocupación ante la aclaración de su amigo, y ya iba a responder, cuando apareció Meg, que al ver a los dos hombres hablando y con el gesto contrariado, preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Que, qué pasa?—exclamó Sir Hubert, sin querer ocultar aquella noticia a su esposa—. Pues te diré en seguida lo que pasa. Que voy a ser acusado de haber cometido un crimen, el asesinato de Iusta.

—¿Dios mío!—exclamó aterrada Meg—. ¿Pero eso es posible?—preguntó al abogado.

—Calm, un poco de calma—aconsejó Mike—. Hubert aumenta las proporciones. Debes estar más tranquilo.

—Si quieres, me echaré a reír—le dijo Sir Hubert.

—No tienen derecho a detener a un hombre sin pruebas—exclamó Meg.

—Las pruebas existen—les dijo el abogado.

—¿Que existen las pruebas?... ¿Cuáles?—preguntó Sir Hubert.

—Sí, ya te he dicho cuáles. Te dirán que tú estabas desesperado por falta de dinero. Esa es una verdad que no podemos negarla. Que tú te beneficiabas con la muerte de Iusta. Tampoco puedo eso negarse. Saben que te costó bastante para persuadirlo que se quedase aquella noche. Por la mañana su cadáver flotaba en el lago. Tampoco se puede negar esto... En fin, son una serie de coincidencias... que... ya supondrás que la Justicia...

Sir Hubert le interrumpió. Conocía de sobras a su amigo, y le preguntó:

—Y dime ahora... ¿de parte de quién estás tú?

—De la tuya—respondió sin titubear Mike—. Porque aunque hayas hecho otras muchísimas cosas, tú no eres un asesino. Pero debes saber la verdad para hacer frente a lo que venga. He venido a advertirte para que estés prevenido.

—Sin embargo, no creo que puedan hacer ahorcar a un hombre basándose sólo en coincidencias...

—No, pero lo intentarán—le res-

pondió convencido el abogado—. Si existe acaso algún otro hecho que puedan alegar en tu contra, debes referírmelo ahora mismo, porque yo voy a defenderte. ¿Existe alguna otra cosa que te pueda perjudicar?

—En absoluto — respondió Sir Hubert.

—Pues entonces, lucharemos.

—¿Y crees que me prenderán?— preguntó Sir Hubert.

—De eso estoy seguro. Quizá no pase de mañana.

—¿Y qué es lo que debo hacer? le preguntó abatido Sir Hubert.

—Nada. Tienes que demostrar tu inocencia. Ten confianza en mí, que haré cuanto esté en mi mano.

—¡Gracias, Mike!— exclamó Sir Hubert, estrechándole conmovido las manos—. No esperaba menos de tu amistad.

LA DETENCION

Al día siguiente, tal y como lo había supuesto Mike, la policía se presentó en casa de Sir Hubert para detenerlo. Conducido a presencia del director de enjuiciamiento, éste decretó su detención y le acusó de ser el autor de la muerte de su cuñado Iusta.

Londres entero vibró ante la noticia publicada por los diarios de haber sido acusado como presunto autor de aquel asesinato el conocido aristócrata Sir Hubert Vare, mien-

tras que Meg sentía en su interior aquella duda amarga de no saber si su marido sería absuelto o condenado por un delito que ella estaba segura que no había cometido.

Mike se esforzaba por animarla, dándole a entender que finalmente se reconocería la inocencia de Sir Hubert y que éste sería puesto en libertad.

—Es inútil que te esfuerces en convencerme—le decía ella—. En tus mismas palabras advierto que ni tú mismo tienes esa seguridad.

—No es eso, Meg—le respondió él—. Se trata únicamente de conseguir alguna prueba, algo que pueda dejar fuera de duda la participación de tu marido en este asunto.

—¿Lo ves? —exclamaba ella—. No tienes confianza en ti mismo para asegurarme que conseguirás su libertad.

—Yo no puedo asegurarte nada —insistía Mike—. Comprende que haré por él todo lo que mis fuerzas y mi inteligencia me permitan, pero hay algo que yo no puedo evitar.

—¿Qué es?

—Las circunstancias que concurren en la muerte de Iusta. Comprendo que todo es una serie, una cadena, mejor dicho, de desgracias que se amontonan sobre tu esposo; pero la ley se ha de ajustar a las pruebas y no creo que haya ninguna que lo pueda condenar.

Y en este ambiente de incertidumbre, de dolorosa espera por saber cuál sería el destino de su marido, Meg se consumía esperando el momento definitivo del fallo.

En las vistas que se celebraron para determinar la culpabilidad de Sir Hubert, declaró como testigo el guardabosque, entre los demás criados que comparecieron. Todos ellos declararon en favor de Sir Hubert, menos Jenson, el guardabosque despedido, que, sin acusarlo directa-

mente, con sus palabras dejó flotar en el ambiente de la sala la duda de cuantos le oían.

El fiscal, en su interrogatorio a este testigo, le preguntó:

—Mister Jenson, uno de sus deberes como guardabosque, era el de vigilar la propiedad durante la noche, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y en la noche de autos, ¿era eso lo que usted estaba haciendo?

—Sí, señor—afirmó el guardabosque.

—Perfectamente—siguió diciéndole el fiscal—. ¿quiere hacer el favor de decirme con toda exactitud lo que hizo aquella noche?

Jenson quedó unos segundos en silencio, como si quisiera recordar su actuación en la noche de autos, y al fin respondió:

—Pues primeramente fui al bosque de la propiedad, porque los zorros habían estado haciendo de las suyas, y después caminé por el borde del lago hasta el bosquecillo contiguo.

—¿A qué hora ocurría eso?

—Aproximadamente a eso de la medianoche.

—¿Vió usted a alguien cerca del lago?—le preguntó el fiscal.

—Sí, señor, a mister Iusta. Id—respondió con seguridad Jenson.

—¿Estaba solo?

—Sí, señor.

—Cuando llegó usted al bosquecillo, ¿podía divisar el camino que conducía al lago?—le preguntó el fiscal.

—Sí, señor—respondió.

—¿Vió usted si alguien se deslizaba por aquel camino?

—Sí, señor vi a Sir Hubert.

—¿Tiene usted alguna duda acerca de si era o no Sir Hubert el hombre que usted vió?

—No, señor—respondió el guardabosque.

Mike intervino en aquel instante preguntándole al guardabosque:

—Un momento.

El fiscal se detuvo en sus preguntas y el abogado preguntó a Jenson:

—¿Sigue usted aún al servicio de Sir Hubert?

—No, ya no.

—¿Y por qué?

—Porque me echaron.

—¿Se debió su despido a una causa justa y razonable?

—No, señor—respondió el guardabosque—. Nos despidieron a todos porque él había despilfarrado su dinero. Así se lo dije al día siguiente, cuando me marché de la casa. Le acusé de que por su culpa nos quedábamos varias familias sin pan.

—¿Y acaso después de decirse lo se decidió usted a vengarse por cualquier medio de Sir Hubert?

—¿Qué quiere usted sugerir con eso?—preguntó Jenson, dándose cuenta de que el abogado quería encerrarlo en las mallas de aquella red de preguntas que le hacía.

—El señor abogado—aclaró el juez—sugiere que esa prueba tan importante que usted aporta tiene relación con su deseo de satisfacer una venganza personal contra el procesado.

—¿Y qué derecho tiene él a pensar eso de mí?—protestó Jenson.

—El señor abogado—siguió diciéndole el juez—, está dentro de todos sus derechos.

Y volviéndose hacia Mike, le dijo:

—Siento haber tenido que interrumpirlo, mister Adai.

—Usia ha expuesto mi punto de vista mejor que lo hubiera hecho yo mismo—le respondió el abogado, para agradecerle la atención que con él demostraba. Y dirigiéndose nuevamente al testigo, le preguntó—: Jenson, usted ha asegurado haber visto a Sir Hubert cerca del lago y eso es una solemne mentira.

—Yo he dicho la verdad—titubeó el guardabosque.

—Si lo que usted ha dicho es verdad o no, tendrá que decirlo el jurado—le respondió Mike, que, volviéndose a Meg, que comparecía como testigo, le preguntó—: El guarda nos ha dicho que la noche

de autos vió a su esposo cerca del lago. ¿Ocupan usted y su esposo habitaciones contiguas?

—Sí—afirmó Meg.

—¿Tienen esas dos habitaciones puerta de acceso al pasillo?

—Sólo la tiene la mía—respondió Meg.

—Una vez dentro de la habitación, ¿le sería posible a su esposo salir al pasillo sin pasar por la habitación de usted?

—Eso es del todo imposible —afirmó Meg—. Yo tengo el sueño muy ligero y de haberse abierto la puerta yo lo habría oído.

Se volvió hacia el presidente y lo dijo angustiosamente:

—Milord, de haber oído algo, tenga la seguridad de que lo habría dicho.

El juez comprendió la angustia de aquella mujer, pero sin olvidar su misión en aquel instante, le dijo, para que no se dirigiera a él:

—Señora, límitese a contestar exclusivamente a las preguntas que le haga la defensa.

—Eso es todo—terminó diciendo Mike—. No tengo nada más que preguntarle.

Entonces fué el fiscal quien tomó la palabra para interrogar a Meg y comenzó preguntándole:

—¿En qué piso están sus habitaciones?

—En el primero—respondió Meg.

Le mostró un plano de la casa, y cuando Meg lo vió volvió a preguntarle.

—¿Quiere decirnos si esta ventana corresponde a la habitación de su esposo?

—Sí, señor—respondió Meg.

—Entonces, ¿estoy en lo cierto al figurarme que es una magnolia lo que está debajo de la ventana?

—Sí, señor.

—¿Sería muy difícil descolgarse por la ventana valiéndose de ese árbol?

Meg se quedó sin saber qué responder, pero Mike, que miraba también la fotografía, preguntó a su vez:

—¿Quiere decirnos cuándo fué tomada esa fotografía?

—Hace cerca de tres años—respondió Meg.

—Y esa fotografía, ¿muestra la magnolia tal y como está en la actualidad?—preguntó Mike otra vez.

—No. El otoño pasado le fueron cortadas las ramas, porque obstruía la vista desde la ventana.

—Milord—dijo Mike, dirigiéndose al presidente de la Sala—, opino que esa fotografía jamás debió de exhibirse como una prueba.

—Estoy de acuerdo—respondió el juez—. Esa prueba es confusa.

Miembros del Jurado, os ruego que no la tengáis en cuenta.

—Ahora, Milord, si me lo autorizáis, deseo interrogar al procesado.

Segundos después, Sir Hubert juraba decir la verdad y el abogado defensor comenzó su interrogatorio diciéndole:

—En marzo del presente año, se encontraba usted en una situación financiera muy apurada, ¿verdad?

—Sí — respondió secamente Sir Hubert.

—¿Le preocupó a usted mucho?

—La verdad, no.

—¿Por qué no?

—Porque estaba acostumbrado y mis acreedores me dieron un plazo para pagarles.

Mientras hablaba Sir Hubert, se presentó Tommy a la puerta de la sala, pretendiendo entrar, y uno de los empleados lo detuvo, diciéndole:

—¿Dónde va usted? No puede usted entrar ahí.

—Pues he de entrar — exclamó Tommy — Soy portador de unas pruebas y he de ver al defensor.

—Será mucho mejor que lo escriba en un papel — le dijo el empleado.

—No tengo tiempo que perder y he de entrar — insistió Tommy.

No tuvo más remedio que esperarse mientras que el fiscal, des-

pués de la interrogación del defensor, lo hacía él también a Sir Hubert, a quien le preguntó mostrándole una sortija:

—Sir Hubert, esta sortija, que es suya, la encontró la policía en el fondo del lago. Le ha dicho usted a mi colega que la llevaba puesta el día de autos.

—Y es verdad — insistió Sir Hubert.

—¿La llevaba usted aún después de la muerte de Lusta Id?

—Sí, señor.

—¿Está usted completamente seguro de lo que dice?

—Lo estoy.

—¿Comprende lo que le digo? La sortija, sin embargo, fué encontrada en el lago. ¿Recuerda usted alguna otra ocasión en que llevara esta misma sortija antes de acaecer la muerte de su cuñado?

—Sí, al día siguiente, durante el desayuno, recuerdo haber comentado con mi esposa que me quedaba un poco grande. He adelgazado un poco.

—¿Considera el Jurado satisfactoria la respuesta que acaba de darnos el acusado sobre el descubrimiento de la sortija?

—No puedo dar otra, porque es la verdadera — dijo Sir Hubert. — Además, en aquellos días la pérdida de mi sortija tenía mucha menos

importancia que la muerte del pobre muchacho.

—No tengo nada más que preguntar—dijo finalmente el fiscal.

—Entonces, señores del Jurado—exclamó el presidente de la Sala, son ustedes los que tienen que decidir.

Se suspendió la vista por el tiempo que el Jurado tenía que deliberar, y Mike le dijo a Meg:

—Vete a tu casa. Yo iré en seguida a darte cuenta de lo que suceda. No es conveniente que estés aquí.

El mismo la acompañó hasta la puerta, y al volver a la sala el empleado que había detenido a Tommy para que no entrara, le informó de la pretensión de aquel individuo.

—¿Y dónde está?—preguntó el abogado.

—Se ha marchado al bar de enfrente, y dice que volverá.

—En cuanto llegue, hacedlo pasar—ordenó el abogado.

Poco después se reunía nuevamente el Tribunal y Mike pidió la comparecencia de aquel testigo, antes de que el Jurado emitiese su dictamen.

Concedido ello, entró Tommy, a quien Mike preguntó:

—¿Qué relaciones tenía usted con Sir Hubert?

—Sir Hubert es el hombre más generoso del mundo. En una ocasión me socorrió y el día de autos yo

fui a su casa para pedirle ayuda. Estaba tan cansado, que luego, en vez de marcharme, me quedé a dormir en un montón de paja.

—¿Y qué es lo que vió usted?

—Vi a un hombre que estaba por allí con una escopeta.

—Reconocería usted a ese hombre? —le preguntó Mike—. Mire bien por la sala.

Tommy vió al guardabosque y exclamó:

—Eso es. Sí, estoy seguro. Le oí decir que Sir Hubert se las pagaría.

—Y después, ¿qué más vió usted?—preguntó Mike.

—Vi a Sir Iusta Id, que paseaba cerca del lago.

—¿A quién más vió usted?

—A nadie más.

—¿Está seguro de no haber visto a Sir Hubert?

—Segurísimo. Luego desapareció ese hombre y vi a mister Iusta que se tambaleaba. Sonó algo así como un tiro y cayó al lago. Ya no vi nada más.

—Y ese hombre que usted vió con la escopeta, ¿estaba en el mismo sitio?

—No, señor; ya había desaparecido.

—No tengo más que preguntar—exclamó el defensor, comprendiendo que aquella prueba era definitiva.

Entonces el presidente se dirigió hacia el Jurado y le preguntó:

—Miembros del Jurado. ¿Llegasteis a un acuerdo? El que ha de hablar en nombre vuestro, que lo haga.

Se levantó el que había de hablar en nombre de todos y el presidente de la Sala volvió a preguntarle:

—¿Declaráis culpable o no a Sir Hubert Vare?

Un silencio profundo se hizo en la sala, y el miembro del Jurado respondió:

—No culpable.

—Acusado, quedáis en libertad —le dijo el presidente a Sir Hubert.

Mike, en cuanto oyó el veredicto del Jurado, corrió a casa de Meg para darle cuenta de la buena noticia.

Cuando poco después llegó Sir Hubert a su casa, en vista de que estaba cerrada la puerta principal entró por la de servicio. Sin que nadie lo viera sorprendió la conversación de dos sirvientes, que decían:

—Yo creo que si le condenan harán pedazos el corazón de la señora...

—No lo creas. Ojos que no ven... No es que yo piense que la señora no desea que salga absuelto, sino que siempre existen dos caras en toda moneda. No hay más que verla a ella para darse cuenta de lo que sufre. Está enamorada de mister

Mike Adai y él es un obstáculo para su felicidad.

Sir Hubert no quiso oír nada más. Comprendió toda la verdad de su vida, todo el sacrificio de Meg, y una amargura inmensa se apoderó de él.

Entró adonde estaban su mujer y Mike, y en la actitud de los dos comprendió que era cierto cuanto habían dicho las criadas. No obstante, entregó a su mujer el ramo de rosas que le había comprado, diciéndole:

—Toma, rosas para ti.

—Hubert, ¡por fin estás aquí! —exclamó ella emocionada.

—Gracias a la defensa de Mike —exclamó sir Hubert, reconociendo la nobleza de aquel amigo.

Mike intentó marcharse para dejar solos a los dos esposos, pero Sir Hubert lo detuvo, diciéndole:

—No, Mike, no te vayas. Y ahora quiero que me digas una cosa. ¿Qué planes tenías para el caso de haberse emitido otro veredicto?

—Estaba seguro de que saldrías libre. La prueba es que esta misma mañana telefoné a una compañía naviera para que me reservaran un pasaje.

Sir Hubert lo comprendió todo. Huía de ella, no quería traicionar al amigo y los dos se sacrificaban por él, por él, que nada había hecho para merecerlo. Pensó intimamente

que él era el que debía desaparecer. Pero antes de que pudiera contestar nada, abajo, en el patio, se sintieron los gritos de los criados, que vitoreaban a Sir Hubert por haber salido libre.

Sir Hubert salió a la balaustrada que daba al patio. Se hallaba en el último piso, y desde allí les dijo:

—Agradezco vuestros vítores y quiero corresponder a ellos. Todos conocéis las leyes de nuestra patria. Sabéis que no se puede juzgar dos veces un homicidio y que a mí me han declarado inocente... Pero se han equivocado... Yo fui el asesino. Creía salir impune de todo. No contaba con que en el mundo sólo podemos disponer de nuestra vida y no de las de los otros... Ahora yo

dispongo de la mía y dejo otras en libertad. Adiós, amigos.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, se arrojó al patio desde donde estaba.

Quedó sin vida tendido en el pavimento, mientras que Meg, abrazada a Mike, le decía:

—¡Es horrible!... ¡Horrible!

—Meg—le dijo él— Hubert se ha matado para dejarnos a nosotros en libertad. Acuérdate de que tengo un pasaje que puede ampliarse a dos.

Y por toda contestación, Meg apoyó su cabeza sobre el hombro de Mike y dejó que éste la apartara suavemente de aquel sitio, donde acababa de tener lugar una tragedia que significaría la felicidad de toda su vida.

FIN

¡PRONTO... PRONTO!...

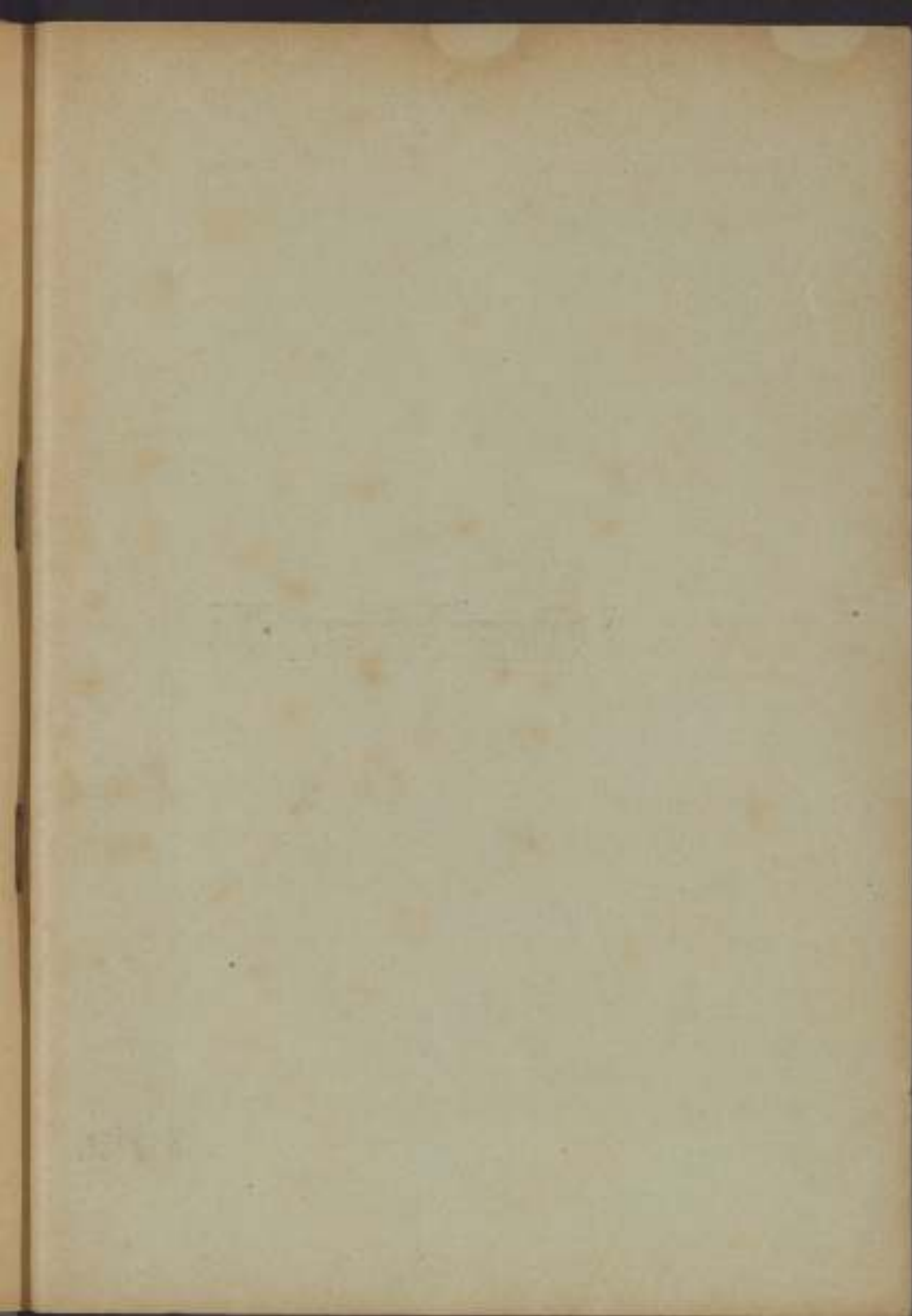
Lo que toda España canta en

SELECCION BIBLIOTECA FILMS

A LA LIMA Y AL LIMÓN

Original del popular autor
RAFAEL DE LEON

Creación del «AS»
MIGUEL LIGERO





2 Ptas.